

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CULTURAL

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XXI—TOMO C

OCTUBRE—NOVIEMBRE—DICIEMBRE 1895



DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN

PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARÍS
Joseph Moos
Place de la Republique,
núm. 16

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1895

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo



PRÓLOGO DE UN LIBRO (1)

Me parece ayer cuando, con mis alborozados compañeros, acudía afanoso á la cátedra del ilustre maestro, autor de este libro, para gustar la sabrosa enseñanza con que nutría nuestro dócil entendimiento; y, con sinceridad lo digo, viviente en mí tal recuerdo, no fuera osado á escribir estas líneas que deben preceder á sus profundos escritos morales, sociales y económicos, si al par no surgiera en mi memoria el generoso empeño que ponía siempre en estimular las energías intelectuales del discípulo, dejándole en completa libertad para discurrir acerca de las ideas y conceptos vertidos en sus luminosas lecciones. Como en otros tiempos, ya lejanos, al ser llamado á resumir la explicación del maestro, me siento hoy animado por su bondadosa atención, y

(1) *Escritos del Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas*, decano de la facultad de Derecho en la Universidad literaria de Barcelona, etc., etc. Segunda serie. Estudios morales, sociales y económicos. Barcelona, 1895. En 4.º, XLVII-590 páginas.—Así se titula el libro que acaba de llegar á nuestras manos. Antes de ahora lo hemos dicho, sin que haya en ello asomo de adulación. Durán y Bas es una de las principales glorias del foro español, acaso la principal entre todas actualmente; tan grandes son su talento y saber, elocuencia y laboriosidad, honradez y espíritu generoso. Dar idea de los *Escritos* del insigne jurisconsulto en breve noticia bibliográfica es imposible; hablar extensamente de ellos nos expone con toda certeza á no hacerlo tan bien como el señor Rahola; de aquí que se nos haya ocurrido reproducir el excelente *Prólogo* con que comienza el volumen.—(N. de la R.)

no reparo en la magnitud de la tarea que me ha sido impuesta cuando tomo la pluma para escribir la introducción de este libro, que se publica á expensas de los muchos admiradores que tiene en Cataluña el Sr. Durán y Bas. Sé que, tomando por base las enseñanzas que contiene, no me faltará asunto para esta labor puramente refleja.

Debo confesar, en primer término, que una de las cualidades que más me han impresionado en estos escritos ha sido la convicción profunda que resplandece en todas sus páginas, esa seguridad de opinión y firmeza de creencia que alientan en todas sus lucubraciones. No es de extrañar que tal efecto en mí produzca esa estabilidad intelectual y moral tan difícil para los espíritus de nuestra generación. Edad de transición la nuestra, las deslumbradoras teorías que arrollaron nuestra juventud han sufrido terrible bancarrota; era de veleidosas mudanzas, ésta en que vivimos ha visto desmoronarse las más soberbias concepciones que forjara el humano entendimiento.

Sujetos á febril inquietud, aquejados por la nerviosidad de una vida presurosa, hemos contemplado la filosofía cambiando bruscamente de dirección y trocarse sin freno las aspiraciones del arte. En los comienzos de nuestra vida intelectual se nos ofrecía el romanticismo como la fórmula suprema en literatura; en filosofía se nos daba la razón por árbitro, y en política se tendía á una libertad sin límites y á un cosmopolitismo sin entrañas; más tarde, el realismo que nos encadenaba á la materia se traducía en un sistema filosófico esclavo del hecho y en una política de puros intereses materiales; hoy palpitan en el arte vagos ensueños de idealidad, circulan por las entrañas de la filosofía corrientes de fe y muestra la política afanes de mejoramiento social.

Cuando siente uno desgarrarse tantas ideas, largo tiempo adheridas á la mente, y escucha ese furor de lamentos que arranca el progreso material, á pesar de su maravillosa grandeza; cuando nota que muchos vuelven atrás la mirada buscando remedio á los males presentes, y que el crecimiento de la riqueza de los pueblos corre parejas con el aumento del malestar social; cuando la restauración llama á todas

las puertas y nada se mantiene seguro sobre su asiento, en tanto los entendimientos sobresaltados buscan doquiera algo que falta á la civilización presente, sorprende y admira cómo una mente sana y robusta ha logrado sustraerse á los desastrosos influjos y á los brillantes espejismos que deslumbraron á tantas inteligencias, pensando ayer lo mismo que hoy, señalando desde el primer día esa cumbre elevada que domina todos los fines humanos, como faro luminoso que fulgura por cima del borrascoso mar donde los hombres navegan.

El simple hecho de englobar en un solo volumen los escritos morales y sociales con los económicos, constituye ya de por sí la manifestación de una creencia arraigada que vivifica y alienta todas sus ideas. Revélase en tan íntimo maridaje que así como los principios de la moral que profesa descansan en el espíritu cristiano, todos sus conceptos sociales y económicos tienen por fundamento obligado la doctrina moral. No en vano los escritores, sin distinción de escuelas, en los más opuestos campos, proclaman que la economía política, como todas las ciencias que se refieren á manifestaciones de la actividad humana, es antes que nada una ciencia moral.

Minghetti, que con tan clara penetración ahondó en este terreno, afirma que la economía política debe estar subordinada á la moral, y reconoce que el bien, último resultado del trabajo, depende principalmente del grado de equidad y de razón bajo cuyo imperio la actividad humana se desarrolla y opera.

En nuestros días, en que se ha exacerbado la lucha social, que no cesará nunca con mayor ó menor encono por la desigualdad irremediable entre los hombres, las inteligencias más privilegiadas buscan la atenuación del mal en las mismas tersas y saludables fuentes. El infatigable agitador norteamericano Henry George quiere identificar la ley social con la ley moral, sintetizada en el Decálogo, y el sabio Pontífice, gloria de nuestro siglo, apela á la caridad cristiana para remediar el conflicto, lo propio que el gran novelista ruso que hace una religión de la piedad y un culto del amor hacia los humildes.

Por encima de la voluntad libre sin freno ni cortapisa que debía regular por sí sola la vida económica y la marcha social, ponen el ambiente de humanidad de que carece el impulso que daba Bastiat á los hombres cuando decía: obrad libre y espontáneamente, con arreglo á vuestro interés, y marcharéis de acuerdo con el bien público y la moral.

Es cierto que frecuentemente se atribuyen á las riquezas efectos que son exclusivos de la malignidad humana, pero no es menos exacto también que lo útil algunas veces está en pugna con lo honesto. Esa armonía preestablecida entre lo bello, lo útil, lo verdadero y lo justo, no se logra cuando el hombre se deja llevar exclusivamente del interés inmediato, que es el que mueve principalmente sus acciones, sin medir sus consecuencias lejanas y su ulterior resultado. Llegar á este alcance previsor supone ya una superioridad intelectual y una rara intuición que no es dado á todos los hombres poseer, mientras en cambio tienen siempre perfecta conciencia de la honestidad ó malicia del acto que realizan para poder apreciar si el interés que les guía está reñido ó no con lo justo y lo moral. Nuestro escritor lo ha dicho con admirable concisión: el fin económico y el político son medios de otro fin más alto, el moral, que así está señalado á los individuos como á las sociedades.

La lucha encarnizada de hombre á hombre y de pueblo á pueblo ante la pasividad consciente del Estado, esa competencia sin trabas que ha sido proclamada como el más abundante manantial de la prosperidad de los pueblos, hoy nos revela con la derrota de los débiles y la ruina de las naciones atrasadas que la diversidad de condiciones humanas y el diferente desarrollo de las colectividades exigen, para que el duelo no se trueque en asesinato y la batalla en degüello, que el móvil moral limite la acción económica y que el Estado no renuncie á los deberes que le impone la naturaleza social del hombre.

Yace abandonada por completo esa utopía que fué acogida en otros tiempos como la más elevada expresión de la ciencia económica, y hoy nos hace sonreír la teoría que pretende sujetar á una regla común é inflexible á todos los

hombres, preocupándose mucho más de la idea que de los seres, abarcando la humanidad en su conjunto y desdeñando los factores orgánicos que la componen, así como el tiempo y el lugar en que viven. Tampoco impera ya en absoluto ese empirismo limitado que, atento sólo á la producción de la riqueza, quiere librarse de todo ideal, y va penetrando lentamente en las conciencias la idea de que la riqueza debe ser considerada como medio para facilitar el perfeccionamiento humano.

En nuestros días no falta quien, volviendo á la manera de pensar de los antiguos, estima la riqueza causa infalible de la decadencia de los pueblos y la mediocridad de fortuna el estímulo mejor de la virtud cívica; pero dista mucho de ser así, porque, como dice Mac-Culloch, allí donde no se adquiere ni acumula riqueza alguna, la actividad humana, constantemente empleada en proveer á las urgentes necesidades físicas, no podrá consagrarse nunca á la elevación del espíritu. Carey demuestra, con profusión de datos, que el desarrollo de la energía productora de un pueblo acarrea una intensa mejora en sus condiciones intelectuales y morales.

Sin embargo, no hay que olvidar una idea que muy acertadamente señala el Sr. Durán y Bas en su estudio sobre la desamortización, á saber: que no consiste la civilización solamente en que los pueblos sean ricos ni el poder de los Estados estriba únicamente en la riqueza. Los bienes materiales son indispensables para que haya abundantes medios de impulsar la cultura y acrecentar el bienestar físico y moral de los individuos; vienen á ser á las naciones algo como la salud y la fuerza muscular á los individuos, en una palabra, el *corpore sano* de la colectividad, tan favorable á la salud de la mente social.

Nuestro querido maestro, en todos sus escritos económicos, sin dejar de reconocer que es la riqueza una poderosa palanca para el progreso social de las naciones, el factor que más facilita el empleo de las fuerzas naturales y la utilización de las energías humanas, no ha perdido nunca de vista el elevado fin moral á que deben aplicarse los bienes materiales, sin lo cual fueran causa de corrupción y origen

de malestar, como el estiércol cuando no se destina á la fecundación generosa de la tierra y á la admirable germinación de la simiente.

Sin esas miras levantadas de que están muy pobres las almas, sin esa idealidad que nos han arrancado á fuerza de inclinarnos hacia la tierra, los bienes materiales no contribuyen al enaltecimiento de la civilización en aquella medida proporcionada para que el progreso moral no vaya á la zaga del progreso físico.

Es verdad que en tanto la ciencia y el arte descubran la manera de apropiarse las riquezas naturales, lo que un tiempo parecía lujoso y superfluo se trueca en usual y necesario, pero en este avance de la sensualidad se corre el peligro de que los deseos crezcan en proporción mayor que los medios para satisfacerlos, que los apetitos se desarrollen sin medida provocando un desequilibrio más hondo del que antes existía, efecto principalmente de la falta de ejemplo y sobra de egoísmo en las clases directoras y de la carencia de educación moral en el pueblo.

El malestar social y el descontento del proletariado suelen tener por origen más que la necesidad no satisfecha el deseo material no saciado, por lo mismo que la sed de goces aumenta casi siempre más rápidamente que el caudal que debe apagarla á causa del estrago moral que mina todas las conciencias.

Los proletarios, es muy cierto que pueden hoy vestirse de lana gracias á la mayor baratura de los tejidos, resguardándose más y mejor de la intemperie, pero en cambio sienten el frío por dentro con más violencia que sus antepasados. Pueden defenderse de la inclemencia del aire, pero contrasta su abrigo material con su desnudez interna nacida del vacío que han dejado el ideal muerto y las creencias extinguidas.

Entre las ruinas de las instituciones que fueron en otros tiempos inspiradas por el espíritu de caridad hacia los pobres y desvalidos, se levanta tan sólo la beneficencia pública que, por lo mismo que es reglamentada y administrativa, pierde, como indica muy bien nuestro autor, la efica-

cia y la dulzura que hacen durables sus frutos. Ahí tenemos las señaladas ventajas de los gremios, merced á la asistencia mutua de sus miembros, que no han sido sustituidas aún, como tantas otras que desaparecieron con el torbellino reformista, por lo cual son de desear esas instituciones complementarias, cuya formación los grandes pensadores anhelan que se conviertan en eficaces cooperadores del Estado, condensando los esfuerzos de las clases directoras, que no siempre se preocupan de esa necesidad moral, que si por un lado exige impulsar las virtudes y los sentimientos morales y sociales, por otro obliga á atender á las necesidades imperiosas de la pobreza y acudir al alivio de la condición de los miserables.

Por esto Claudio Jannet afirma con razón sobrada que la cuestión social no es simplemente una cuestión económica, reconociendo en ella, en primer término, una cuestión moral. Mucho antes el Sr. Durán y Bas había precisado el mismo concepto en esta pintoresca frase: todos los problemas sociales llevan enviscerado un problema moral.

En la solución de tan pavoroso problema, que constituye la principal preocupación de la época presente, todos podemos influir con nuestros peculiares esfuerzos, los ricos y los estudiosos, los industriales y los artistas, difundiendo con nuestros propios medios el bienestar físico y moral, las comodidades y las ideas elevadas, las instituciones benéficas y el ansia de lo ideal. El egoísmo debiera bastarse para imponer esas corrientes de reparación, ya que en el vértigo de la vida moderna los incesantes tumbos convierten á los obreros de ayer en capitalistas de mañana, y amenazan á los ricos del presente con ser proletarios de lo porvenir.

Indudablemente que para que el progreso de las riquezas, que forman el carácter saliente de nuestro siglo, para que el fecundo impulso que imprime á la actividad humana el capital, den sus deseados frutos, es preciso que los principios económicos se aproximen cada vez más á los principios morales, que el hombre se mueva á estímulos del interés sin perder de vista lo justo y lo honesto.

Esta es en resumen toda la enseñanza que se desprende de

los profundos escritos morales del sabio maestro catalán cuando se ponen en relación con sus meditados trabajos sociales y económicos.

Al lado del elemento ético, que no echa jamás en olvido, ve surgir también el elemento contingente, circunstancial y particular á cada pueblo con que la escuela histórica, de la que ha sido en todos tiempos ferviente adepto, ha restaurado el sentido de la realidad en las ciencias sociales.

En la ciencia del derecho, lo mismo que en economía política, no se puede prescindir de los hechos ni las condiciones tangibles, debiendo preocuparse de la marcada diferencia que existe entre los hombres sin preterir nunca la naturaleza social del ser humano. La norma común, el principio científico y abstracto se modifica en la práctica á influjos del espíritu del pueblo, del carácter de la época y del grado de la civilización que lo encarnan. Por despreciar esos elementos que nutren la exteriorización de todas las ideas, el individualismo exagerado nos condujo al desconocimiento de la nacionalidad y á la anulación del Estado, disolviendo el sentimiento de patria en un concepto vago y abstracto de cosmopolitismo.

Las lamentables consecuencias derivadas de estos errores han hundido ya la teoría radical del librecambio y han venido á dar la razón á los que, como Durán y Bas, desde su primera juventud, son infatigables campeones de la escuela llamada proteccionista, que no es puramente económica sino gubernamental, mucho antes que á ningún partido político se le ocurriera adoptar sus conclusiones como base de programa. Cuando se siente de veras el amor á la patria, y se percibe claramente la naturaleza social del hombre, es lógico que se proclame la legitimidad de la intervención del Estado en la vida económica de los pueblos.

La condición social del hombre, el ambiente que le rodea y las circunstancias, contribuyen á la formación de esas colectividades determinadas que integran verdaderos organismos, con fisonomía y espíritu propios, obligados á proveer á su conservación. Así como el individuo debe subordinar sus acciones á la moral, el Estado, que es la representación de

ese organismo colectivo, no puede sustraerse á la defensa del interés nacional; lo primero es una garantía en interés del pobre y del débil; lo segundo, el aseguramiento de esa colectividad formada por los vínculos de la raza y del idioma, por el enlace de la tradición, por la fuerza de la permanencia en un mismo suelo y la cohesión nacida de un pasado común; en una palabra, de esa agrupación humana que constituye un organismo natural con estructura determinada y perfecto y propio funcionamiento. Así como se comprende y se disculpa el egoísmo del hombre en cuanto al mantenimiento de su vida se refiere, se explica el egoísmo de la nación cuando tiende á la conservación de su existencia y al desenvolvimiento de sus energías productoras.

Deber primordial del Estado es el de proteger la formación de la riqueza y el empleo del trabajo por lo mismo que el acrecentamiento del capital de la nación representa la fuerza más poderosa para promover la cultura y el bienestar de los individuos que la componen.

No basta que el Estado asegure la vida, es indispensable también que garantice el trabajo, única base de la existencia y móvil de elevación moral, evitando que sobrevenga la pobreza aparejada con la servidumbre, cuyo principal origen está en el fatal predominio del más fuerte cuando no encuentra vallas ni muros que atajen su acometida. El Estado no puede permanecer cruzado de brazos ante la lucha desigual, como el edil que conservaba el orden en un combate de gladiadores, dejando que pereciera el más débil ó el menos diestro.

Los seguidores de la teoría de la evolución, reduciendo el Estado á su expresión mínima, á fin de que pueda realizarse con todo su empuje la selección de los mejores, aun á costa de los débiles, han sido los generadores directos de las teorías furiosas de Nietzsche y sus discípulos, que aspiran como ideal al predominio del hombre fiero de los tiempos primitivos, dominándolo todo por medio de la sangre y la crueldad, destrozando á los míseros y esclavizando al pobre rebaño humano. No importa que se extermine á los miserables, á los débiles é ignorantes, á los que sólo han nacido

para la sumisión, porque todo está permitido y nada hay bueno ni malo; lo que importa es que los actos humanos tiendan al sacrificio de la cantidad en provecho de la calidad, inmolando la masa estúpida é inconsciente para favorecer á unos pocos privilegiados, á fin de que surja el hombre superior, el tirano que de tarde en tarde aparece para sujetar á la humanidad á su criminal ambición y á sus ensueños de dominación absoluta.

Todos los individuos que suman una nación no existen, según Nietzsche, más que para producir una ó dos veces cada siglo esa personalidad preeminente y cruel en que cifra su ideal. Tal desprecio por la especie en aras del endiosamiento del individuo es la consecuencia lógica de la lucha á campo abierto que ha sido proclamada como el más vigoroso impulso del progreso. Con razón, desde este punto de vista, buscando el medio de dominar por la fuerza, la astucia ó la traición, Nietzsche, que no reprueba medio alguno, considera la maldad como el más irresistible poder del hombre y sólo admite una moral, la que conduce á la opresión, la de los tiranos y señores; la piedad estímala digna de los seres débiles é inferiores, propia de las reses humanas que deben sacrificarse para que sirvan de pedestal á la aristocracia cruel ó al ser excepcional que somete á la humanidad á su imperio exterminador y sin alma.

La teoría de la libertad sin límites nos ha llevado á esa secta que proclama la dictadura y la opresión como el fin único á que deben converger todos los esfuerzos humanos, mostrando así el parentesco que guardan todos los radicalismos y el retroceso violento de todos los avances sobrado impetuosos.

¡Dichosos los que con perfecto equilibrio no se dejan llevar de la exageración y saben mantener en sus ideas la distancia conveniente entre la realidad y la norma abstracta, enlazando á la par lo esencial en la naturaleza humana con lo accidental y transitorio!

Nuestro repetado maestro ha logrado hermanar todos esos elementos y con perfecta serenidad de juicio vislumbrar el origen de las hondas crisis jurídicas y sociales que sufren

los pueblos. Todas tienen, en su profundo sentir, razón de ser en el olvido de tres grandes verdades: la verdad moral, la verdad social y la verdad histórica. Aquélla es el manantial, ésa el cauce, ésta el margen que limita el caudal; cuando se ciegan las fuentes, desaparece el cauce ó las orillas se quebrantan, sufren los campos alternativamente sequías é inundaciones, sin disfrutar el regalado beneficio del agua.

La certeza de juicio que distingue su mesurada labor intelectual le ha permitido adivinar la marcha de las ideas y las consecuencias de varios hechos con una precisión que maravilla. Cuarenta años de experiencia han confirmado la exactitud de las observaciones desarrolladas en su interesante estudio sobre la desamortización, y lo sucedido ha venido á corroborar las predicciones que hacía en su erudita memoria, premiada por la Sociedad Económica de esta provincia en 1857, «La abertura del istmo de Suez y el puerto de Barcelona».

Sin embargo, más que su saber y su intuición fulgura en todos sus escritos el entusiasmo del creyente y su infatigable empeño por difundir la idealidad entre las almas, devolviendo á la sociedad presente el aliento espiritual que falta á su energía de acción. Y al dar tan noble ejemplo á la juventud, aquejada de perturbadoras dolencias morales que se manifiestan por fría indiferencia en el pensamiento y estéril indecisión en la voluntad, con razón puede exclamar como el viejo soldado que ha peleado siempre por la patria, sin temor alguno de enemigos: «Levantada gloria es vencer, pero es honra más grande haber combatido con pocos defensores por las causas justas».

Para terminar voy á ofrecer á mis lectores un sucinto resumen de las principales ideas que palpitan en el fondo de los escritos que forman el presente volumen, en los cuales domina una gran unidad de pensamiento y un perfecto enlace en las deducciones.

La unidad y lógica que resaltan en las doctrinas de todos estos estudios provienen de que forman respectivamente parte de un sistema y de que éste tiene por base la siguiente tesis: toda doctrina política ó económica es una doctrina so-

cial; toda doctrina social es una doctrina jurídica; toda doctrina jurídica es una doctrina moral ó ética; y esto estriba en el concepto del hombre como ente moral y social, cuyo destino es cumplir el bien en la tierra como preparación para un mejor destino futuro.

Por esto, de igual manera que en los estudios jurídicos publicados por el autor hace algunos años, pueden las doctrinas de los presentes agruparse bajo los diversos aspectos de teorías éticas, jurídicas, sociales, políticas y económicas, respecto á cada una de las cuales surgen, entresacadas de diversos parajes, como más dignas de nota, entre otras, las ideas que vamos á exponer.

En el orden ético señala el autor la superioridad de la doctrina cristiana, por lo cual encarece el desenvolvimiento que da á la misma Santo Tomás de Aquino construyendo su sistema sobre dos grandes bases: los principios sobre el ente y los principios sobre el hombre, ya que sin la metafísica y la antropología es imposible que revista carácter filosófico ningún sistema moral. Y al comparar este sistema con los varios de la filosofía contemporánea, lo encuentra superior á los últimos, así respecto al primer problema de la ciencia moral, ó sea el destino futuro del hombre, como respecto á los demás que con éste se enlazan, ó sea el concepto del bien como aspiración de nuestra voluntad, la distinción entre el bien y el mal de nuestros actos según la ley que debe ser norma de ellos, el carácter obligatorio de esta ley en nuestra conciencia, el mérito ó demérito de nuestras acciones resulta y las sanciones morales con que se asegura la observancia de dicha ley. Todo lo cual le conduce á la afirmación de que en el orden social la doctrina del Ángel de las escuelas satisface las necesidades morales de la sociedad presente, rica como es en fecundos y transcendentales principios para la necesaria regeneración moral que se impone.

Afirmado esto por el autor en un trabajo escrito en 1882, encuéntrase su aplicación diez años más tarde al demostrar la necesidad de la acción católica para resolver satisfactoriamente la cuestión social. Cuatro fuerzas morales—dice en este trabajo,—que son cuatro grandes hechos sociales al en-

contrar su realidad en la vida, forman la belleza moral de las sociedades humanas: la fe, la justicia, el trabajo y la caridad, y se pregunta, para concluir con una contestación afirmativa: ¿quién puede igualar á la Iglesia católica en superioridad de doctrinas sobre esas grandes fuerzas morales? Y, partiendo de esa superioridad sobre las escuelas contemporáneas, espiritualiza con sus aplicaciones la ley penal, sobre todo en los grandes conceptos de ella, la responsabilidad del agente y la pena con que se castiga el delito. En otro lugar afirma que el alma de los pueblos se nutre de fe, como la de los individuos en las grandes ideas morales; y de la actual situación del pensamiento filosófico sobre el problema ético deduce una de las principales causas morales de la crisis por que atraviesa el derecho en nuestros días; al señalar las tres grandes verdades cuya autoridad interesa reconocer para vencer dicha crisis, coloca en primer término la verdad moral, la cual dice que brota de la naturaleza y del fin del hombre en la tierra, de las relaciones necesarias en que vive y de los principios que las determinan; y al tratar de la naturaleza y del fin del hombre proclama que es un ser sensible y finito; imperfecto, pero perfectible; dotado de inteligencia y de voluntad libre: capaz de comprender por la razón los principios universales, y á Dios, aunque de un modo imperfecto; obligado á vivir en sociedad con sus semejantes, y destinado á una vida sin término después de la terrena. En este suelo, dice, el fin del hombre se encuentra en el cumplimiento de la ley moral. Fúndase su dignidad en el conocimiento reflexivo de la ley que debe cumplir y en la libertad de sus determinaciones, en la superioridad que sobre los demás seres le da la razón, y en la diferencia que sobre todos ellos le atribuye su perfectibilidad. La elevación de su fin consiste en que no termina en la tierra su destino, ni se agota en su tránsito por ella su felicidad: ese destino, exclama, comienza en la tierra y termina en la patria que es morada de las almas; su felicidad consiste en vivir según la ley del deber y en gozar, como premio, de las divinas promesas. En la imperfección de la humana naturaleza agitan al hombre las pasiones, solicítanle las concupiscencias, empú-

janle los intereses; pero si esto engendra las luchas, también prepara las victorias: pasiones, concupiscencias é intereses son estímulos; el deber es ley y el triunfo de ella nuestro merecimiento. El deber se manifiesta bajo distintos aspectos según el orden de relaciones en que el hombre vive; y en cuanto la convivencia de los seres humanos y de las familias en que se han agrupado crea relaciones necesarias, aparece el deber de concurrir colectivamente y por la representación de un poder natural directivo á que se desenvuelvan esas relaciones pacífica y normalmente hacia la realización del fin humano. Por último, la razón hace comprender al hombre, con la pesadumbre de sus deberes, su pequeñez como criatura, y con la nobleza de su fin la grandeza de su Creador; le hace comprender su superioridad sobre los seres de otras especies, y, al limitarla en el modo de ejercerla, su inferioridad como sujeto á la ley que Dios le ha señalado; esto le infunde conciencia de que hay un orden universal y un autor de ese orden, como de todas las cosas creadas, y le eleva al concepto de sus atributos, de la obediencia á su voluntad, del agradecimiento por el beneficio que le ha hecho con el acto libre de su creación y de la necesidad de honrarle como Bien perfecto, como Justicia suprema, como Inteligencia infinita.

En la Iglesia católica encuentra la gran depositaria de la filosofía cristiana, y en la independencia del Jefe de la Iglesia la garantía de la influencia del principio moral cristiano para el bien de las almas y los progresos de la civilización.

Con el principio ético por base concibe, desarrolla y aplica la idea del derecho. Afirma que éste tiene dos supuestos, la libertad y la regla, ó en otros términos: la voluntad libre exteriorizada y una norma que determine la licitud de los actos en que se manifiesta esta voluntad en el seno de la comunidad social; aquélla contiene el poder de obrar, y ésta el fin legítimo de la acción y la determinación de la esfera de la libertad. De ahí que con todos los maestros de la filosofía cristiana funde el derecho en el orden moral, el cual se basa á su vez en el orden natural, de forma que considerado en su sentido subjetivo es lógico lo declare poder

moral, como decía el ilustre Leibnitz. En ampliación de esta tesis afirma que, ser moral y social el hombre, el derecho encuentra su origen y su base en las leyes del orden moral y en los principios fundamentales del orden social; que no puede existir la sociedad sin ley, la cual, como decía Cicerón, es el vínculo de la sociedad civil: *quid est enim civitas nisi juris societas?* La ley crea el orden que, en este sentido, es la paz en el ejercicio de la libertad, paz que, si se altera, legitima y provoca el derecho de penar, ya que la base del orden social es el derecho. Tres grandes ideas informan, según el autor, el concepto del derecho: justicia, libertad y autoridad. La justicia, dice, es la fuerza moral en el orden natural de las relaciones humanas; la libertad, la fuerza de acción en el desenvolvimiento de esas relaciones; la autoridad, la fuerza conservadora de la justicia en el ejercicio de la libertad. La justicia con el desenvolvimiento de sus reglas nos da el derecho objetivamente considerado. La libertad es la condición del derecho considerado subjetivamente. La autoridad, estableciendo y haciendo respetar las normas jurídicas, armoniza los dos sentidos del derecho y garantiza su doble manifestación. Con la justicia por base y las limitaciones de la libertad son legítimas porque emanan de un principio superior á las humanas voluntades. Y el imperio de la justicia en el derecho señala á la libertad una dirección racional que da licitud á todas sus manifestaciones para la realización del fin humano.

Al investigar la realización del derecho se pregunta: ¿cómo influyen en él la verdad moral, la verdad social y la verdad histórica? Su contestación es ésta. La verdad moral le da su origen; la verdad social, su contenido; la verdad histórica, su asimilación á los pueblos. La verdad moral espiritualiza el derecho; la verdad social determina la forma práctica de sus principios; la verdad histórica lo hace progresivo y nacional. La verdad moral dignifica la sumisión de la voluntad libre del hombre á la ley; la verdad social legitima la intervención de la autoridad en la vida del derecho; la verdad histórica da á las instituciones jurídicas,

cuando antiguas la veneración que atribuyen los siglos, cuando modernas el valor que el espíritu de la época les atribuye.

Y conocida como es la adhesión del autor á la escuela histórica, cuyos principios une en su sistema de filosofía jurídica á los principios éticos, como de sus estudios jurídicos en el primer volumen compilados resulta, encuentra estrecha afinidad entre el espíritu de las instituciones civiles y el de aquellas instituciones literarias de los pueblos que se han connaturalizado en los mismos como manifestaciones de su vida nacional. Es natural para él esta afinidad. Llevando á las más altas regiones el pensamiento hacen llegar su influencia á las últimas esferas sociales. Aspirando á vivir en el mundo de las ideas refléjanse en lo más real de la vida, las costumbres. Libres de todo interés vulgar, grosero, mudable en sus aspiraciones naturales y propias, son necesarias de toda necesidad para la educación de las generaciones y la civilización de los Estados. Tendiendo á la realización de lo más abstracto y absoluto, la justicia y la belleza ideal, revisten en esta realización lo que hay de más concreto y relativo: sentido histórico, carácter nacional. Sin justicia no hay legislación perfecta; y, no obstante, sin el sabor de la tierra no hay legislación arraigada en la conciencia de los pueblos. Sin aspiración á la belleza ideal no puede existir el arte, no hay literatura digna de este nombre; y, no obstante, sin formas en la composición que sean á manera de un tipo común, sin asuntos que sean como patrimonio natural de ella, sin lengua propia para la expresión poética de los conceptos no hay literatura que pueda ser reconocida como verdadera literatura nacional. Podrán otras instituciones existir sin ninguna de estas semejanzas: las jurídicas y las literarias que tienen profundas raíces jamás podrán romper el lazo moral que las encadena ni sustraerse á la fuerza del ambiente que las nutre.

Si el principio ético es la base del derecho, la ley es la regla de la vida social: de ahí la importancia de la sociedad y por tanto la de las teorías sobre su origen, su naturaleza, su fin, los elementos de su organización, las condiciones de su

desenvolvimiento y las influencias que la modifican, según los tiempos y lugares. No es extraño, por lo mismo, la importancia que ha adquirido la sociología y que el autor haya penetrado profundamente en su estudio, y por tanto, en el de sus más importantes teorías con el conocimiento de las obras más notables sobre esa que pudiéramos llamar, dentro de cierto límite, ciencia moderna.

La verdad social, dice el autor, consiste en la ley natural de las sociedades humanas. Esta ley es natural porque la existencia de la sociedad es necesaria, no contingente, y como lo necesario lo ha creado Dios y no los hombres, la sociedad es de divino origen, existe para un fin en el plan general del universo, y tiene leyes naturales de existencia que varían en su aplicación, pero mantienen inmutable lo que es de institución divina. Completando esta idea y en alta síntesis, añade que la ley natural de la sociedad se desenvuelve en los elementos originarios y en los elementos orgánicos de esa entidad natural, colectiva, moral y perfectible en sus fuerzas y en sus principios de acción; en el fin común que identifica á todas ellas, y en el destino histórico que las individualiza.

FEDERICO RAHOLA.

(Concluirá.)





PASTEUR

Pocas vidas habrán sido tan fecundas en beneficiosos resultados para la humanidad y la ciencia como la del ilustre sabio cuya muerte llora hoy el mundo civilizado; muchos son los que consagran sus esfuerzos en bien de sus semejantes, pocos los que alcanzan triunfos tan señalados, victorias tan decisivas como bien logradas por el hombre que, desde la más modesta esfera, ascendió al pináculo de la gloria indiscutible y de la admiración universal.

La vida de Pasteur es una prueba clara y evidente de lo que pueden el estudio constante, la inteligencia clara y poderosa y la voluntad inquebrantable, unidos en amigable consorcio; basta para ello recordar á grandes rasgos la biografía de este hombre de ciencia.

Luis Pasteur nació en Dole (Jura) el 27 de Diciembre de 1822; su padre era curtidor, y á pesar de su posición modesta, educó á su hijo lo mejor que pudo, aprovechando éste tambien los sacrificios de su familia, que á los diez y ocho años desempeñaba ya el cargo de profesor supernumerario en un colegio de Besançon; tres años más tarde ingresaba en la Escuela Normal Superior, y en 1848 era ya profesor de física en el Liceo de Dijon.

Un suceso de esos que á veces parecen insignificantes, que

vienen á constituir un pequeño incidente de la vida de un hombre, y que en ocasiones dejan sentir su poderosa influencia para el porvenir, hubo de acaecerle en este tiempo á Pasteur: fué nombrado decano de la facultad de Ciencias de Lille, departamento en el cual las principales industrias consisten en la fabricación de alcohol procedente de los granos y de la remolacha; trabajos de sabios anteriores á Pasteur estaban conformes en admitir la hipótesis de una influencia desconocida de la organización y de la vida en las causas de las fermentaciones, pero sin que hubieran podido señalarlas y mucho menos demostrar experimentalmente su presencia.

Pasteur hizo grandes y delicadísimos trabajos de laboratorio, siendo el resultado de los mismos descubrir los vibriones, bacilos, esporos y demás seres microscópicos causas de la fermentación y de los cambios químicos que en la misma se operan, llegando á detallar cuáles de estos microbios viven á expensas del oxígeno del aire y cuáles sucumben en su atmósfera de vida.

Estudios fueron éstos de grandísima transcendencia que dieron á Pasteur renombre universal, y que, desde el punto de vista práctico, produjeron un cambio, altamente favorable para la industria, en la fabricación de los vinos y de la cerveza.

Allá por el año 1847 preocupó en gran manera á los hombres de ciencia la doctrina llamada de la *generación espontánea*, que despertó apasionadas luchas entre los sabios de todos los países: Mr. Pouchet, en Francia, fué uno de los paladines que con mayor ardor y no poca fortuna, al menos en la apariencia, sostuvo la verdad de la nueva escuela; por medio de experimentos, á cual más ingeniosos, trató de probar que los seres microscópicos nacen espontáneamente en ciertas infusiones.

El «Instituto de Francia», compuesto como es sabido por los hombres más eminentes en todos los ramos del humano saber, al recibir la comunicación de Mr. Pouchet, la acogió con prevención suma, declarando que era un asunto *indigno de ocupar los espíritus serios*; pero la nueva doctrina, que cada día avanzaba más, se iba imponiendo á muchos sabios que

antes la menospreciaron, y en su vista, el «Instituto de Francia», queriendo atenuar su vigoroso avance, propuso un premio de 2.500 francos para recompensar al que mejor combatiera la flamante escuela.

Pasteur fué quien alcanzó la apetecida suma; señaló los muchísimos errores que había en los experimentos de Pouchet, demostrando que los seres infinitamente pequeños que se encuentran en todos los líquidos, por herméticamente cerrados que estén los frascos y vasos que los contengan, son producidos por la penetración de los innumerables gérmenes que flotan en el aire.

En el año 1849, el Mediodía de Francia vió con dolorosa sorpresa que su principal riqueza estaba á punto de desaparecer; *los gusanos de la seda* se vieron acometidos de una enfermedad desconocida que los mataba por millares; tan inútiles resultaron cuantos medios se pusieron en práctica para atacar el terrible mal, que en 1865 el Senado francés recibió una petición, firmada por 3.600 alcaldes, consejeros municipales y propietarios, demandando la protección oficial para ver de acabar con la terrible plaga; el ilustre químico Dumas señaló á Pasteur para que estudiara las causas del mal y procurara su remedio.

Pasteur, con la modestia exagerada que siempre acompaña al verdadero sabio, rehusó la honrosa misión que se le confería, alegando á las muchas razones que le aconsejaban aceptase *el que jamás había tocado un gusano de seda*. «Tanto mejor, le replicó Dumas; así haréis ese estudio sin preocupaciones, sin ideas preconcebidas, y sólo aportaréis las que resulten de vuestras experiencias personales.»

Pasteur se dejó convencer, y el 6 de Junio de aquel mismo año partió para Alais, foco principal de la plaga, y aquí fué donde dió á conocer lo rápido de su inventiva, lo brillante de sus experimentos y los conocimientos sólidos adquiridos anteriormente; á las pocas horas de haber llegado, comprobó la presencia de ciertos corpúsculos en los gusanos: la causa del mal estaba descubierta.

Cinco años duraron sus concienzudos estudios, durante los cuales señaló con toda precisión las causas del mal, sus

medios de propagación y las medidas profilácticas que convenía adoptar; estos valiosísimos trabajos dieron por resultado devolver su riqueza á los empobrecidos países del Mediodía.

Esta victoria científica costó bien cara á Pasteur: las múltiples fatigas sufridas en la expedición, los grandes esfuerzos cerebrales á que se entregó, trajéronle en 1868 una hemorragia cerebral que puso su vida al borde del sepulcro; viendo que su muerte se aproximaba, y dando ejemplo de una abnegación y desinterés sin límites, llamó á su esposa, y en el lecho del dolor le dictó las observaciones, las notas que acerca de la enfermedad de los gusanos de la seda tenía recogidas, para que no fueran perdidas para la ciencia y en beneficio de los países que pudieran sufrir la invasión de la plaga; muestra admirable de serenidad de espíritu, de un hombre que en tan críticos momentos se olvida de su propia existencia para ocuparse de los estudios que le habían conducido á los brazos de la enfermedad.

Los esfuerzos de la ciencia médica, los exquisitos cuidados de su familia y admiradores consiguieron volverle á la vida, pero no sin quedar paralizado del lado izquierdo del cuerpo; bien es verdad que si sus movimientos eran más torpes, sus energías cerebrales parecían haberse aumentado, como tendremos ocasión de convencernos si seguimos la nueva serie de sus admirables descubrimientos.

En 30 de Abril de 1877, Pasteur demuestra que el carbunco es provocado por una bacteria, halla los medios de atenuar sus terribles efectos, y desde aquel momento queda establecida la doctrina de las enfermedades parasitarias y de los virus, que tan fecundas aplicaciones habrán de tener en el campo de la moderna medicina.

El eminente operador Lannelongue, impresionado en 1881 por la muerte de un niño que á consecuencia de un ataque de rabia había sucumbido en el hospital Trousseau, llamó la atención de Pasteur á fin de que éste tratara, á ser posible, conforme á la doctrina de la atenuación de los virus, la terrible enfermedad de la hidrofobia.

Algunos años tardó Pasteur en estudiar asunto de tanta

transcendencia; numerosos experimentos llevó á cabo en los animales, y sólo cuando estuvo seguro del éxito lo aplicó al hombre en 1885, con admirables resultados.

Digan lo que quieran algunos detractores faltos de cerebro, ó ciertos críticos de café, la enfermedad más horrible que puede sufrir el hombre está dominada; merced á los descubrimientos de Pasteur, las defunciones han disminuído en un ochenta por ciento, más aún, en estos últimos años, cuando antes morían casi todos los enfermos en medio de espantosas torturas; éste es uno de los triunfos mayores del sabio, que bastaría por sí solo para hacer su nombre inmortal en la historia de la medicina.

No fué ingrata Francia con el hombre que tanto elevó su nivel científico ante las demás naciones cultas; por suscripción nacional le entregó *dos millones y medio de francos* para la fundación del *Instituto Pasteur*, donde á más de seguirse estudiando todo lo concerniente á la atenuación del virus rábico, se han emprendido trabajos análogos para ver de evitar los estragos de otras dolencias, entre ellas la *difteria*, hoy dados á luz por el Dr. Roux, estudios que aunque por el momento sólo sean risueña esperanza, quién sabe si mañana podrán convertirse en hermosa realidad.

Hoy el «Instituto Pasteur», situado en la rue Dutot, de París, es la Meca de toda persona ilustrada que visita la capital de la república vecina, y lugar de admiración profunda para todos los que se dediquen á las ciencias médicas; jamás podrá borrarse de nuestra memoria la impresión que experimentamos la mañana que recorrimos el «Instituto» en compañía del ilustre médico de Vitoria Sr. Apraiz; gentes de todas clases y condiciones ocupaban la amplia sala de espera; veíanse allí la esbelta inglesa de aéreo talle elegantemente vestida, al lado del labriego rudo; del árabe, envuelto en su blanco jaique; más allá el inocente niño víctima de las mordeduras de su perro favorito; no lejos el pastor á quien causó terrible herida un lobo rabioso; todos acudían atraídos por la fama de Pasteur, deslumbrados por el éxito de sus experiencias, animados por las curaciones que habían comprobado en otros desgraciados víctimas como ellos de ani-

males rabiosos; los internos de servicio atendían á todos, lo mismo al pobre que al rico, con cariñosa solicitud, inyectando á cada uno el virus con el grado de atenuación correspondiente, y veíaseles marchar con la confianza retratada en el semblante, con esa *fe* en el médico y en el tratamiento que constituye la mitad de todo éxito curativo.

Bien merece Pasteur, por este solo descubrimiento, que Renan dijera de él que «era una estrella luminosa en la gran noche de lo infinitamente pequeño».

Aquí debiéramos dar por terminado este modesto bosquejo, escrito al volar de la pluma; pero no queremos concluirlo sin hacer notar dos cualidades salientes en Pasteur: el amor que profesaba á sus padres y su acendrado patriotismo.

Una de las muchas manifestaciones de entusiasta admiración que sus compatriotas le hicieron en vida fué la realizada en su país natal, donde, reunido el municipio con motivo de colocarse una lápida en la casa donde nació Pasteur, pronunció éste un discurso tan sentido como elocuente; en él recordó, con lágrimas en los ojos, á su querida madre, dedicándola frases sentidísimas, de esas que sólo brotan en el corazón de los hijos que aman de veras á los que les dieron el ser.

«Siempre—dijo—he asociado, madre querida, tu nombre y tu recuerdo á mis triunfos científicos, que fueron obtenidos por las enseñanzas que tú me diste al mostrarme cómo la paciencia triunfa de los más rudos trabajos.»

En 1871, durante el sitio de París, los prusianos, faltando á todo derecho de gentes, bombardearon la colección del Museo y del Jardín de Plantas; Pasteur, indignado por semejante acto de salvajismo, devolvió el *diploma de miembro corresponsal* que le había sido concedido por la Universidad alemana de Bonn; como respuesta recibió los siguientes renglones, prueba del orgullo germánico, avivado entonces por los éxitos obtenidos en el campo de batalla:

La Universidad de Bonn envía á Mr. Pasteur la expresión de su más profundo desprecio.

Poco debió importarle al sabio semejante *salida de tono*, como poco también le impresionaron los múltiples honores,

condecoraciones y diplomas que de su país y de fuera de él recibía constantemente; su nombre, su solo apellido valía más que todas ellas, pues con él supo hacerse admirar en todo el universo, dando muchos días de gloria á su nación, que seguramente no será ingrata con él.

Pronto sus restos gloriosos descansarán en el soberbio monumento que Francia ha dedicado para guardar los despojos mortales de sus *grandes hombres*; y allí, año tras año, serán recordados sus grandes méritos por cuantos le visiten, y aclamado siempre como uno de los grandes bienhechores de la humanidad, entre los cuales tiene derecho indiscutible á ocupar lugar preeminente, si no el primero.

DR. CALATRAVEÑO.



LA VERDAD DEMOSTRADA ⁽¹⁾

Deficiente se dice que es el presupuesto de Marina, ¿mas cómo no ha de serlo, cuando está demostrado que se gasta más de lo necesario lo mismo al construir que al conservar el material flotante? La deficiencia resulta no sólo por estar insuficientemente dotado el presupuesto, sino por estar, además, mal administrado, lo cual sucederá hasta el día que la Marina comprenda que su brillante papel como puede desempeñarlo es navegando; en la navegación donde tiene dadas tantas pruebas de las grandes cualidades que atesora el alma del marino español y de su pericia náutica.

Entre tanto habrá que oír con dolor que pueda decirse en el Congreso de los Diputados que las deficiencias del presupuesto han sido las que han motivado la pérdida del *Reina Regente*; desde el momento que está casi demostrado que la pérdida del *Reina Regente* ha sido motivada por la falta de pericia y de práctica de los maquinistas, si ha de darse crédito á la versión que se dió desde un punto próximo á Tánger, y que consistía en afirmar que á las dos horas de salir el buque de Tánger, por efecto de averías que indudablemente tuvo en sus máquinas, el barco quedó hecho una

(1) Véase la pág. 488 del tomo anterior.

boya atravesado en el mar, y después ya no sabemos lo que sucedió.

Tales cosas ha asegurado el diputado Ojeda, de las que parecía lo natural inducir las causas y buscar la responsabilidad. ¡La responsabilidad! Esta es un mito.

Podrá decirse también que la responsabilidad no puede exigirse á los muertos. Pero ¿y los vivos? El *Reina Regente* no se le debió mandar á Tánger al servicio que le fué encomendado. Tal barco no debió ir á Tánger más que para destruir sus baterías, y si esto no podía hacerse, bien estaba el barco en Cádiz; que la gente mora de Marruecos para ella no hacen falta honores, sino castigos á los muchos ultrajes cometidos con nuestro pabellón.

También se ha iniciado en nuestro Parlamento otro punto de vista interesante, comparando presupuesto con presupuesto entre el de Guerra y el de Marina. Y decía el Sr. Ojeda: «¿Es que quizás el presupuesto de Marina está en proporción con los presupuestos de los demás departamentos ministeriales?» Pero aquí cabe también preguntar: ¿es que existe alguna razón valedera y algún precepto de justicia que justifique á la Marina para estar exceptuada (como sucede también con Guerra) de que no estén intervenidos sus gastos por la Intervención general del Estado? El mismo caso del *Reina Regente*, tal como se plantea la cuestión, ¿no hace pensar si debe suceder que el comandante de un barco de guerra haya de saber de la máquina que impulsa su nave tanto como deba conocer de la máquina el primer maquinista? ¿El comandante no asume el mando supremo del barco?

Volviendo á las palabras pronunciadas por el diputado Ojeda, decía éste: «¿Acaso las necesidades militares terrestres de este país están en la proporción de 140 millones á 23 millones con nuestras necesidades militares marítimas?» Desde luego, si las necesidades militares marítimas de las costas de Cuba estuvieran satisfechas, no hubiese llegado el caso presente de oprobio para España, de penosos sacrificios para el Tesoro público, y lo que es peor, de tener que sacrificar sus hijos en aquel suelo ingrato, donde, si España ha cometido faltas que expía ahora, la colonia no ha co-

respondido á lo que viene haciéndose por ella, como lo prueba su prosperidad no obstante la influencia de tiempos adversos, que es independiente de la gobernación de la Metrópoli.

Por lo demás, atención merecen estas palabras del señor Ojeda:

«No quiero argumentar que nuestro presupuesto militar debiera ser esencialmente marítimo, mucho más marítimo que militar terrestre; pero no puedo menos de entender y afirmar que la proporción de 140 á 23 millones no es la que debe existir entre nuestros presupuestos de Guerra y de Marina, dado el estado de escasez y de penuria en que este país se encuentra.»

Sin embargo, desmenuzados ambos presupuestos, y siguiendo paso á paso el desarrollo de su marcha, es posible que se viese que, no obstante la *penuria nacional*, no daña ésta tanto al presupuesto de Marina como su mal manejo.

Un ejemplo lo comprueba. Se ve en presupuestos extranjeros: el de Francia importa 270 millones de francos; el de Inglaterra, 500 íd. íd.

En ambos presupuestos están comprendidas las construcciones, que en España se quisieron llevar á un presupuesto extraordinario con carácter nacional, y con el mismo carácter ha sido nombrada una *Comisión parlamentaria* para investigar si es ó no cierto lo que se inculpa respecto á la inversión de ese presupuesto extraordinario. Conviene al mismo tiempo tener presente este cálculo de proporcionalidad entre distintas naciones:

PERSONAL

Francia.....	26	por 100
Inglaterra.....	28	»
Alemania.....	22	»
España.....	66	»

Esto lo afirma el diputado Sr. Ojeda, quien añade: «Se dice por el Sr. Spottorno que con lo asignado para carena y reparaciones de nuestros buques hay más que suficiente, si

se tiene en cuenta que la mayor parte de nuestros buques son nuevos, están para salir de los arsenales, ó recién salidos de ellos, y que, por lo tanto, su perfecto estado no hace preciso consignar cantidades para su carena y reparación».

Á esto Ojeda ponía sus reparos, recordando al Congreso que no acaban de salir de los arsenales el *Pelayo*, *Alfonso XII*, *Marqués de la Ensenada*, *Isla de Cuba* y otros que prestan servicio actualmente. Además, habrá que tener presente que para atender á la carena y reparación de los buques se necesita, por término medio, consignar anualmente 8 ó 9 por 100 de su valor, preguntándose: ¿Quiere decirse cuál es el valor de esos buques de nuestra escuadra, que no acaban de salir de los arsenales, ni mucho menos, y si constituye el 9 por 100 del valor de esos buques la cantidad de 1.100.000 pesetas que en el presupuesto se consigna para carena y reparación?

Porque no hay que perder de vista que se atribuye al coste general de construcción de nuestra escuadra mucho mayor valor del que está calculado por tonelada de construcción general.

Tratándose luego del gasto que produce el carbón, navegando los barcos, se ha sabido que hubo años en que la escuadra de instrucción no tuvo más que seis días de mar, cuando la experiencia aconseja que la navegación dure por lo menos cien días cada año, pues, de otro modo, esto es, navegándose menos, sucede que el personal carece de la práctica y de la instrucción indispensables. Así sucede que los maquinistas no tengan el conocimiento, el uso, el caudal de previsiones, por sucesivos experimentos, que forman un buen personal apto para luchar contra las furias desencadenadas por las olas, airadas de verse tantas veces sojuzgadas por la audacia y la pericia del entendimiento humano, secundado vigorosamente por grandes energías de la voluntad.

Con motivo de los carbones, cuyo uso restringe más ó menos el presupuesto, declaró el Sr. Spottorno: «Es verdad que se producen algunas averías en las máquinas, que se queman algunas calderas; pero se queman porque se nave-

ga y se encienden, y porque (voy á decir la causa principal por la que se queman las calderas), porque se les da mal carbón, y el mal carbón es el español: ¡triste es decirlo!»

Después añadía que se habían despertado intereses proteccionistas, asegurando haber visto *indignados* á los comandantes cuando se les ha hecho tomar carbones asturianos, que queman las calderas.

Esta declaración hecha de modo tan terminante ante el Parlamento español, produjo *rumores* de protesta contra ella. Pero es el caso que el hecho existe, y consignado queda.

Los rumores ante la verdad no son razones, ni conveniencias generales, ni pruebas de patriotismo. Éste pide que se fije concreta y terminantemente la cuestión. Á saber: ¿es cierto que los comandantes de nuestros buques de guerra consideran que el carbón español destruye las calderas de esos buques en condiciones tales que superan al cálculo racional de probabilidades? ¿Es ó no cierto que la *protección nacional* perjudica los intereses que representa en el Presupuesto del Estado nuestra Marina de guerra? Sobre esto y sobre el servicio que prestan los maquinistas de la Armada se ha discutido detenidamente, pues no puede perderse de vista la relación íntima que ha de existir entre la parte facultativa que pone el maquinista en funciones y los medios de calefacción de que pueda disponer para producir la fuerza motriz que dé movimiento al buque puesto en servicio á través de los mares.

Los rumores son expresión de distintos pensamientos, ya de rápidos apasionamientos cuando en el Parlamento se cree ver atacados intereses sagrados, cuando en rigor no debiera haber, parlamentariamente hablando, más cosa sagrada que la *Patria*.

Debiera, sí, razonarse todo en aras de la patria y estudiar friamente cualquier cuestión que se presente á estudio, como, por ejemplo, la de los diques, que están los unos empezados á construir, otros en proyecto, siendo indudable que son necesarios para el servicio de los grandes buques con que se quiere ver dotada nuestra escuadra, y para cu-

vos diques ha de faltar dinero, repitiéndose lo que es tan frecuente: *Desorganización por imprevisión*. Pues á quien desorganiza y se le prueba esto, procede aplicarle el correctivo correspondiente, quienquiera que sea; pues de no hacerse así, no sabemos cuándo se va á dar el ejemplo, ni por qué otro camino ha de llegarse á tener un presupuesto verdad.

La duda de si se dice ésta ha promovido más de una discusión al tratarse de aprobar las fuerzas navales para el año económico de 1895-96, recordándose que cuando se presentó el proyecto de fuerzas navales para el año anterior, un diputado (el Sr. Díaz Moreu) de reconocida competencia en cuanto se refiere á la Marina, combatió tan rudamente el proyecto presentado, que al Ministro del ramo no le fué posible destruir la argumentación con que fueron impugnados sus planes, en atención á que contra ellos se dijo lo que se cree que pueda repetirse ahora: «En el proyecto de fuerzas navales no pueden aparecer más que los barcos que se encuentren en condiciones de prestar servicio».

Y se añadía más, que se da ahora por reproducido:

«Que para que no fuera sólo una colección de nombres, debía sacarse de ese estado el de todos aquellos que por las averías que han sufrido, bien sea por el mucho servicio, bien porque hayan sido mal manejadas sus máquinas, no se hallan en condiciones de hacerse á la mar.»

Por aquello de que *la dura ley de la necesidad no puede imponer nunca un sentimiento verdaderamente contrario á la verdad*.

La verdad se impone brutalmente, cuando no es atendida con mejores formas. Ella se impuso en aquellos *tres pánicos* de que habló Cobden en el Parlamento inglés, cuando los recelos marítimos que surgieron entre este pueblo y el de Francia.

Llama la atención, al ocuparse el Congreso de Diputados del presupuesto de Marina, como de las fuerzas navales que han de prestar servicio en el año económico de 1895-96, que se haya mantenido en ambas discusiones la opinión de que es deficiente la cantidad destinada para cubrir las obligaciones que tiene la Marina de guerra, si ha de atender cumplidamente á la defensa de las costas de la Península y

de las colonias; opinión ésta que ha sido bastante general, y que se ha pretendido justificarla por la *pobreza* en que se encuentra nuestro país. Sobre poco más ó menos éstas han sido las frases pronunciadas y que obligarán siempre á recordar (como sean entonces las circunstancias iguales á las presentes) que aquella pobreza la tiene el Tesoro público, más que la Nación en general, que en medio de penalidades tan grandes como la de la crisis agrícola (sobre todo por lo que respecta al vino) y de los conflictos coloniales, soporta el país sus desventuras imponiéndose sacrificios á fuerza de actos de virilidad, con los que lucha contra tanta plaga política como se introduce en la vida económica.

Viniendo á la cuestión de la Marina, decimos que, al mismo tiempo que se asegura que el presupuesto está mal dotado, se asegura también que el crucero *Infanta María Teresa* es un hermoso crucero, magnífico buque de guerra con todas las condiciones para prestar servicio; pero que ha costado algunos millones más de lo presupuestado. El crucero de tercera clase *Marqués de la Ensenada*, buque nuevo, el más caro que se ha construído en el mundo, porque el precio por tonelada se ha elevado tres ó cuatro veces á lo que costaría en cualquier astillero de Europa, ha costado 7.500 pesetas por tonelada, y bien pagado no debió subir á más de 2.500.

Entendemos que la mera sospecha de que cueste triple de lo que debiera costar un barco de guerra de la nación española debiera producir *sensación* en el Parlamento.

Y sin embargo, cuando el Sr. Lloréns formuló el cargo, no produjo sensación, que siempre debió producir, bien fuera que la acusación se presumiese inexacta, bien que se creyera inmediatamente en la verdad del aserto, esto es indudable. Mala señal es que no haya producido deplorable efecto una noticia perjudicial en alto grado.

Mucho se ha hablado de los Astilleros del Nervión, no poco se ha dicho de los astilleros de la Patria; á una comisión de *notables* está encomendado depurar la verdad de los hechos que se imputan, atribuyendo defectos graves en el coste de la construcción de la escuadra. Esa comisión, que

queremos ver rodeada de todos los prestigios necesarios, para que los merezca justificados, tiene que presentar ante el país la verdad desnuda; si esa verdad puede estar revestida de toda belleza tanto mejor; si esto no puede ser conveniente será no ocultar ante la opinión ninguna de sus fealdades; que la manera de rechazar éstas consiste en distinguirlas á tiempo, para remediar el mal en lo posible.

Que la verdad se abre paso y da ópimos frutos, el señor Lloréns lo prueba una vez más con estas palabras:

«La Comisión hidrográfica, dice, vapor *Vulcano*, doce meses en tercera situación. Tengo que rectificar algo de lo que dije hace dos años en el Congreso al discutirse el presupuesto de Marina. Me oponía á los gastos que lleva consigo el vapor *Vulcano*, destinado á la Comisión hidrográfica, preguntando qué clase de trabajos se hacían, cuando hace poco tiempo ha llegado á mis manos una obra que trata de los realizados, y debo declarar que la cantidad presupuesta para el desempeño de aquella Comisión ha sido empleada de una manera inmejorable, y que el resultado es verdaderamente notable.»

Tan grata noticia ensancha el corazón entristecido frecuentemente, al ver cómo quedan estériles trabajos patrióticos hechos por la Marina de guerra, en los que brilla la ciencia, se acredita la pericia, queda comprobado el estudio, aumenta el realce de la nacionalidad española, y se tocan resultados prácticos de los sacrificios que, por medio del presupuesto del Estado, soporta el país.

Si éste comprendiese lo que le trae cuenta hacer, se cuidaría de premiar mejor los méritos y de castigar más severamente los delitos de lesa nación, consiguiéndose así que el *reptil* político no medrase tanto como consigue prosperar.

En este sentido, la recompensa y el castigo (sin que creamos pueda tener otro), no vemos que el Sr. Lloréns esté en lo firme cuando ha dicho, sobre los premios que se han concedido á la oficialidad de la corbeta *Nautilus*, que se han otorgado sin haber un mérito extraordinario, por más que luego rectifica dándolas por bien otorgadas. Pero dijo el di-

putado, con motivo de esas recompensas y poniéndolas reparos, que «hay muchos capitanes mercantes que han realizado la vuelta al mundo, sin obtener por ello recompensa alguna».

Aquí parece confundirse la recompensa honorífica con la del lucro (aunque pudiera haberlo para el militar por medio del ascenso). La recompensa es de la Nación á un funcionario suyo; el lucro puede conseguirse por medio de trabajos de la iniciativa individual. Son cosas distintas las que persiguen el marino mercante y el marino de guerra, aunque bien pudieran coincidir en querer uno y otro la honra nacional, que todo cabe dentro del provecho particular. Lo que los separa más es el presupuesto, que la marina mercante lo tiene personal ó independiente del oficial, y por supuesto de aquél sale el que á éste se destina, por donde se ve claro la obligación estrecha que tiene el Ministerio de Marina de hacer un uso bueno del presupuesto que tiene asignado, evitándose, por lo tanto, despilfarros que, incorregidos, ensoberbecen á quien los hace y arruinan á quien los soporta, con perjuicio de todos.

Como se prueba por la historia hecha por el Sr. Lloréns de la fragata *Numancia*, construída hace ya muchos años, que es un barco muy desgraciado. Se encuentra en condiciones inmejorables en cuanto á la solidez de su casco. Casi todos los Ministros de Marina han dicho que se proponían convertir dicha fragata en un hermoso crucero, y es unánime en toda la Marina la opinión de que reuniría condiciones tan excelentes como cualquiera de los que se han construído en los Astilleros del Nervión, y los estudios que parecen adecuados al caso se han hecho. Sin embargo, ésta es la fecha en que el barco está casi *abandonado*... en quinta situación (ó sea la equivalente poco menos al abandono parcial del buque), habiendo un presupuesto para las modificaciones de la *Numancia* de unos cuatro millones de pesetas.

Para el 25 de Julio quedó anunciada la salida de Bilbao del crucero *Oquendo*, listo completamente, aprovechando la primera marea, dando así término el contrato hecho con los Astilleros del Nervión; sin que á la hora presente pueda ha-

llarse explicación satisfactoria de por qué, teniendo fondos el Estado español para mandar construir tres grandes cruceros á la industria particular, la industria oficial no haya sido llamada á construirlos, esta industria que viene construyendo con postergación otros cruceros. De modo que puede pagarse en particular lo que no ha podido destinarse á los tres astilleros de la Nación, que tienen sus ingenieros organizados, su oficialidad del cuerpo general y de los demás cuerpos militares, costeada por el presupuesto del Estado, donde tiene capítulo el material de construcción.

Consta sobre el tapete la cuestión de Cuba, pudiendo atribuirse en mucha parte este conflicto á falta de previsión, puesto que resulta demostrado que la presente insurrección ha sido iniciada desde las costas próximas á la Gran Antilla. La insurrección se ha desarrollado, al menos en sus comienzos, con elementos importados allí del extranjero y se mantiene introduciendo armas y municiones de los países vecinos, sin que por esto pueda negarse que en el propio suelo antillano deje de tener *sazonado fruto* el filibusterismo.

Siempre resultará que todo esto no se tuvo presente al abandonar, ó poco menos, la vigilancia de las extensas costas cubanas, fiándolo todo á una palabra mentida, hija de las circunstancias, mas no nacida del corazón.

El Sr. Díaz Moreu explicaba en el Congreso algunas contradicciones que aparecían en el proyecto de ley de fuerzas navales y que pueden afectar á la exactitud del presupuesto de Marina. Su explicación era ésta: «Ha habido necesidad de destinar el *Isabel II* á Cuba por las necesidades de aquella campaña, no pudiendo disponer de él para enviarlo á Fernando Poo; y como por razón del presupuesto se necesita que esté consignada la cantidad para el caso en que en un momento cualquiera pudiera encontrarse disponible ese buque, claro está que se ha tenido que aprovechar esa denominación para cohonestar la necesidad de la existencia de ese buque para cuando pueda desempeñar ese servicio importante, como se hizo presente por varios señores diputados cuando se discutió el presupuesto de Fernando Poo.»

Todo se relaciona en la vida de las naciones, como en la

vida del individuo. No puede considerarse un presupuesto en absoluto aislado, pero no debiera suceder tampoco lo que pasa actualmente, que servicios interesantes de la Marina de guerra tienen que desatenderse, como en su día se tocarán las consecuencias, de igual modo que por estar desatendido el servicio de guardacostas en Cuba ha podido penetrar allí la *guerra*, que de otro modo hubiera sido imposible que penetrase.

El mismo diputado Díaz Moreu viene en nuestro apoyo al decir: «Claro está que no pudiéndose desempeñar ese servicio (el de Fernando Poo) no se ha de gastar tampoco esa cantidad. Pues eso mismo sucede con los dos cañoneros, pueden venir pronto por haberse mandado á Cuba toda clase de buques, y puede hacerse necesario enviar allí uno de ellos, y cambiándose esa dirección sería una dificultad administrativa el que esos buques no figuraran, como figuran, en este proyecto de ley».

En este caso, sin desconocer que pueda existir la dificultad administrativa que corresponde vencer dando orden á las cosas, existe otra consideración más importante que se refiere á nuestros *gobernantes*. Ellos no supieron, no pudieron ó no quisieron comprender que la situación de Cuba respecto de España, con reformas ó sin ellas, ha de ser siempre la de la *paz armada*.

Una paz como la que existe entre Francia y Alemania, que las separa un puente de *guerra*, el cual ninguna de las dos naciones se atreve á pasarlo, ante el temor de encontrar prevenido al enemigo y sufrir una derrota donde se busca una victoria. Pues esa paz armada es la que ha de tener siempre organizada España ante Cuba. Pensar en otra cosa en hacerse ilusiones. Es labrar nuestra desgracia, preparar nuestra desorganización *mayúscula* del presupuesto de Marina; porque los servicios serán unos en el proyecto y otros en la práctica, distintos entre sí; el gasto también diferente y de mayores dificultades para la comprobación, dándose los casos que señalaba el Sr. Lloréns, de que en el trasiego que se hace de buques con destino á las costas de Cuba no es difícil creer que uno se halla en la Península y

se encuentra en Ultramar. El *Marqués de la Ensenada*, creyéndose destinado á Cuba, parece que irá á Canarias cuando regrese de Kiel. Y añadía aquel diputado: «El buque *Isabel II*, con una franqueza que yo aplaudo mucho ha dicho el Sr. Díaz Moreu las condiciones en que va á Ultramar, manifestando la necesidad de que salga á prestar servicio en aquella isla, sin encontrarse en las condiciones debidas.»

Este es otro punto de vista. Un desorden trae otro. El trasiego (según la frase del diputado) de buques trae consigo que queden abandonados los servicios, quedando indefensa la bandera nacional, y lo apremiante del caso obliga á mandar navegar barcos que no pueden hacerlo en buenas condiciones, teniendo que buscar un dique extranjero, como ha sucedido que nuestros cruceros ha sido necesario dirigirlos al dique de Hong-Kong para sus reparaciones.

La verdad es que, por mucha condescendencia que se tenga, hay cosas que no pueden pasar sin censura, como la hacía el diputado Suárez Inclán al ocuparse de la relación de los nombres de barcos que figuran entre nuestras fuerzas navales, diciendo el diputado: «Me encuentro con que en esa relación de buques están consignados el *Reina Regente* y el cañonero *Tajo*. ¿Cómo vamos á aprobar un dictamen en que se consigna entre los buques que pueden prestar y que han prestado servicio en la escuadra, á partir del 1.º de Julio de este año, barcos que sabemos que se han perdido y que de ninguna manera hemos de poner los medios de sacarlos á flote?»

¡Ah! ¡Cuánto desbarajuste administrativo!...

En medio de todo, complace consignar que Guillermo, el poderoso Emperador de Alemania, haya visitado nuestro *Pelayo* con señalada distinción para nuestros marinos. Complace igualmente saber que en Dinamarca, al presentarse allí nuestra escuadra, se han recordado las proezas de nuestros guerreros mandados por el Marqués de la Romana, cuando las guerras napoleónicas. ¡Pero si la cuestión es que dejamos infructuosos los esfuerzos del valor y de la pericia por una mala administración!

Prueba de ello es que el Ministerio de Marina ha publica-

do una Real orden (la firma el Sr. Beránger) nombrando una *Comisión* para que se empiecen á evitar esas deficiencias que se notan en los acorazados en construcción, *Cisneros*, *Princesa de Asturias*, *Cataluña* y *Lepanto*. La Comisión informará sobre los motivos de su excesivo coste, causas determinantes de su atraso y fechas en que podrán prestar servicio, teniendo en cuenta que las máquinas de todos están listas y dispuestas á ser montadas. La Comisión habrá de informar sobre las modificaciones que deban introducirse en las vigentes ordenanzas de arsenales. Bastante se ha escrito sobre esto hace más de un siglo, y bastante ejemplo nos da la historia del tiempo del Marqués de la Ensenada.

ESTADO

El Ministerio de Estado es un departamento ministerial simpático, en cuanto por su medio se consigue que la nacionalidad, personalidad jurídica ante el extranjero, esté bien representada, sean fructíferas las relaciones con los otros países, pueda lograrse que en ellos se nos mire con consideración y hasta como ejemplo digno de ser imitado. Por eso las carreras diplomática y consular no pueden improvisarse ni pueden estar desempeñadas más que con gran pulcritud, y en ocasiones extraordinarias sólo un talento superior, de mucha cultura y de reputación sólidamente formada, podrá representar dignamente á su país; mas teniéndose presente que en estos casos (es verdad que como siempre) no deberá olvidarse el aspecto económico, ó sea el presupuesto.

Ya que las circunstancias anómalas de las discusiones parlamentarias no permitiesen otra cosa, decía la representación carlista de la Cámara: El origen de la falta que hay en el presupuesto del Ministerio de Estado no está en los individuos que forman el cuerpo diplomático consular, sino en los que hacen los presupuestos totales de la Nación, «y á todas las secciones se lleva el mismo vicio endémico y cierto desorden por el afán de hacer transacciones y modifica-

ciones que no pueden en manera alguna ser sostenidas, y tienen que someterse á cambios continuados».

En el capítulo gastos de viaje del cuerpo diplomático y consular, habilitaciones de establecimientos y de instalación, 350.000 pesetas. Y como quiera que por su ley orgánica el Cuerpo diplomático tiene derecho al 50 por 100 de los haberes señalados con sueldo, siendo ese 50 por 100 de 325.000 pesetas, se pedían explicaciones de haber fijado la partida en 350.000. Otra partida, aunque muchísimo menor que la anterior (450 pesetas), fué objeto de comentarios, quizá más que nada por referirse á gastos de la iglesia de San Francisco el Grande, donde el Patronato ha hecho un verdadero derroche de lujo, más mundano que espiritual, puesto que no se ha conseguido llevar á esa iglesia aquella unción que es el encanto de los fieles, llamamiento para los corazones apartados del camino de la fe, medio poderoso de consuelo para el triste y acción eficaz para mantener constantemente animado de amor á Dios el espíritu religioso.

Tal vez estas y otras consideraciones hicieron decir al Conde de Casasola, que señalaba en el presupuesto en discusión menos detalle del que se acostumbraba en los anteriores: «En los servicios á cargo de los misioneros se consignan:

189.000	pesetas	para los colegios de Santiago y de Chippiona.
120.000	»	para los misioneros de Marruecos.
136.450	»	para gastos diversos y extraordinarios del Patronato, y aparecen
95.000	»	como aumento, en concepto de partidas que carecen de crédito legislativo.»

Notándose falta de explicación, como al mismo tiempo se ven gastos que no obtienen la aprobación general, apareciendo en algunos casos no tocarse patentes todas las ventajas que el misionero quisiera alcanzar. La verdad es que la discusión ha dejado bastante que desear en cuanto á claridad y precisión de la cantidad presupuestada, para llevar la convicción al ánimo, y teniéndose que oír protestas, por-

que se trata de fondos de un patronato de la Corona, «y que al verificarse hace algunos años el ingreso en la Caja general del Tesoro de los fondos de la Caja general del Patronato de la Obra Pía, el Estado se ha hecho cargo de todas las atenciones que pesaban sobre esa Caja especial, y era necesario consignar en el presupuesto una cantidad para atender á esas necesidades del Patronato».

ANSELMO FUENTES.

(Continuará.)





LA VENGANZA DE JORGE

I

—Don Eduardo, lo que usted me propone es una apostasía. Por lo tanto, desde ahora me considero despedido de la fábrica.

—No esperaba respuesta tan categórica.

—Me da usted á elegir y elijo.

—¿De modo que así pagas los beneficios y el afecto que te hemos... dispensado durante tanto tiempo? ¿De modo que tú, tú, predicarás la huelga, la revolución, pararás mis máquinas, despoblarás mis talleres, contribuirás á mi ruina, atentarás á mi propiedad honrada, sin detenerte acaso en tus iniquidades hasta que pida limosna la misma mano que te dió pan desde que eras un niño hasta que has sido un hombre?

—Señor, si sólo hubiese usted hablado de afectos, de cariños, poco me hubiera atrevido á replicar. Pero ha mentado usted no sé qué beneficios, que desconozco; y me ha llamado usted ingrato, no en son de queja cariñosa, sino con acento de sangrienta censura, y yo sólo sé que durante trece años he cobrado religiosamente un jornal en pago de un trabajo religiosamente cumplido, que también ha durado

trece años. Usted puso el dinero, yo el sudor; estamos en paz.

—Durante mi ausencia has cambiado mucho, has aprendido mucho.

—Son muy largos nueve años. Y usted debe saberlo también. Cuando nos despedimos (teníamos los dos catorce) me dijo usted abrazándome: «Más apretado será el abrazo del regreso». ¡Como que durante mucho tiempo habíamos vivido juntos, jugado juntos en ese jardín que se ve desde este balcón. Pero lejos uno de otro, la diferencia de nuestras posiciones sociales, borrada aquí por el afecto nivelador de la niñez, fué agrandándose más y más, distanciándonos... y ya ve usted cuán lejos estamos ahora que estamos juntos: usted ingeniero, dueño de esta fábrica poderosa: yo, oscuro operario de los talleres; usted, sentado en ese sillón lujoso, tuteándome y despidiéndome: yo, en pie, descubierto, con mi blusa manchada por la grasa de las máquinas, esperando las órdenes del amo!...

—Te he oído atentamente, y no sé aún si tus palabras envuelven un reproche ó una súplica.

—Un reproche.

—Pues yo no te he llamado para juzgarme.

—Ni yo acudí para ser ultrajado, y antes lo fuí y no protesté.

—Hablabas de distancias y las agranda tu soberbia.

—Y su vanidad, señor.

—¡Oh! Tales cosas me dice tu osadía, que vamos á alejarnos más aún... porque no es lo mismo ser despedido como un hombre que ser arrojado como un perro.

—Es cierto; pero entonces sería cuando, de golpe, se acortaran las distancias todas, hasta anularse. El ultraje nivela y aproxima. Ante la injuria, el hombre tiznado de carbón de piedra puede abrazar al poderoso, pero con abrazo muy distinto al que nos dimos cuando usted partió.

Eduardo se puso en pie y, clavando en el obrero sus ojos desdeñosos, exclamó friamente:

—Sí, el populacho es capaz de todo eso. Pero por mi parte no he de permitirle á la canalla semejante triunfo. Todo ha terminado entre nosotros.

—¡Quién puede asegurarlo!—repuso Jorge, mientras se dirigía lentamente hacia una pequeña puerta que comunicaba con las habitaciones interiores de la casa.

—¿Dónde vas?—gritó Eduardo, palideciendo.

—Á despedirme de su madre de usted.

Eduardo miró profundamente al obrero, queriendo descifrar la intención de aquella respuesta inesperada y tranquila.

Hubo un instante de silencio, en el que sólo se escuchaba confusamente el estrépito de los talleres, mientras repercutía en el pavimento, como un temblor sordo, la trepidación de las gigantes máquinas.

—Ella no ha variado hasta ahora; ella me quiere aún—añadió Jorge.

—¡Ah!—repuso Eduardo, creyéndose iluminado por aquellas últimas palabras.—Si vas á *mendigarle* que interceda por ti, es inútil que vayas.

El obrero se irguió, cerró el puño, avanzó amenazador, se detuvo de pronto, retrocedió después, llegó á la puerta de salida, y desde allí abofeteó á Eduardo con una mirada de supremo desprecio.

II

Las campanas tocaban á fuego.

Jorge se incorporó en la cama y escuchó.

—Es en el barrio—exclamó saltando del lecho y vistiéndose apresuradamente.

Cuando salió á la puerta vió pasar por la calle transversal, á la luz de los faroles, gente que corría.

Apretó el paso, y á poco oyó tras él el rodar de dos bombas de incendio, que venían á escape atronando el silencio de la noche al rebotar sobre el empedrado.

Á su paso por las calles oyó abrir balcones y vió asomarse á ellos figuras soñolientas y espantadas; un sereno pasó por su lado á todo correr, acudiendo al silbido de socorro que se oía á lo lejos.

Á medida que se acercaba al sitio del siniestro, encontraba más gente, que fluía por todas las bocacalles y luego corría, apiñada, en la misma dirección; parejas de la guardia civil pasaban á galope, y veía relucir los cascos de los bomberos cuando cruzaban por debajo de los faroles de la ancha vía.

Por fin, oyó cerca clamores de gentío y vió reflejos rojos en el pavimento de la calle inmediata y en las fachadas de sus edificios, y percibió olor de humo. A una mujer que torció la esquina, delante de él, la vió iluminada de pronto.

Él también dobló la calle, y súbito apareciósele en toda su siniestra gloria la catástrofe.

La magnífica fábrica de D. Eduardo Nevot, hijo, estaba ardiendo.

Jorge, entonces, intentó abrirse paso entre la muchedumbre.

—¿Dónde vas?—le gritó de pronto una voz para él conocida.

—Hola, Gervasio. Ya lo ves, á ver esto. ¿Sabes si hay gente dentro?

—No sé; sólo sé que D. Eduardo no está; se fué anoche á las minas. Pero ya le han avisado por teléfono.

—Bueno, adiós; yo voy á ver si llego más allá.

Suplicando unas veces, luchando otras, Jorge pudo llegar hasta la línea de guardias que contenía á la multitud.

—Soy de la casa—exclamó el obrero al pasar.

Se le vió, enrojecido por el fulgor de las llamas, cruzar á escape la explanada que precedía al edificio; luego, negreó un instante su figura en la claridad de horno del inmenso vestíbulo, y desapareció de golpe, como sorbido por el incendio.

En lo alto de la escalera un hombre casi desnudo, erizados los cabellos por el espanto, se cruzó con él.

Era un criado de la casa, que huía.

—Oye, Juan, ¿y la señora?

El criado no oyó ó no pudo responder y siguió huyendo, tambaleándose de terror.

Jorge bajó rápidamente hasta alcanzarle.

—Espera, espera. ¿Dónde está la señora?

Juan, por toda respuesta y mientras corría, señaló con mano trémula hacia el interior del edificio.

—¡Y así abandonáis á la pobre paralítica!—repuso Jorge, subiendo precipitadamente las amplias escaleras.

Momentos después llegó á las habitaciones de la madre de Eduardo. Al mismo tiempo que él entraba haciendo saltar el pestillo dorado de la puerta, entraban también por el balcón las primeras llamas. El fuego y el hombre acudían puntuales á disputarse aquella madre.

En el lecho, agarrotada por la parálisis y por el espanto, estaba la anciana, clavados sus ojos en las llamas aquellas que habían hecho saltar desde fuera los cristales del balcón y se asomaban á la alcoba con curiosidad siniestra.

—Señora, valor; estoy aquí; nos salvaremos.

La anciana no contestó, imbécil por el miedo.

Jorge arrebujo en la sábana aquel cuerpo rígido, y arrebatándoselo al incendio, que hacía ya arder las colgaduras del lecho, salió impetuosamente con dirección á la escalera.

Ya era tarde; el fuego había llegado antes que él.

Jorge retrocedió:

—¡Por dónde huir, Dios mío!—exclamó deteniéndose acorralado por las llamas.

Llegaban hasta él crujidos de maderas, estrépitos de desplomes seguidos de gritos de la multitud.

—Hay que llegar á un balcón, aunque tenga que atravesar por mitad de la hoguera.

Y apretando vigorosamente, locamente, contra su pecho el cuerpo de la anciana, se precipitó frenético por la ancha galería llameante.

III

En aquel momento, un jinete llegaba á galope al sitio de la catástrofe.

Era Eduardo. Pálido, enloquecido, sueltas las riendas, se abrió paso entre la multitud, gritando:

—¡Madre, madre mía, ya estoy aquí!

Al ir á saltar del caballo, vió Eduardo que toda la parte del edificio á que correspondían las habitaciones de su madre se hundía.

El joven se cubrió el rostro con las manos y bajó aterrado la cabeza, como si sobre su frente se hubiesen desplomado aquellas moles humeantes.

—¡Ah, todo lo comprendo!—gritó de pronto con acento de locura.—¡La venganza de Jorge!... ¡la venganza de Jorge!

En aquel instante, en el balcón central, destacándose negro y fantástico sobre el fondo de la hoguera, como acudiendo á una evocación, apareció el obrero llevando en sus brazos á la paralítica.

—Una escala... ¡pronto!... ¡una escala!—balbuceó con voz desfallecida.

Y momentos después, tiznado por el humo, casi agarrotado por la asfixia, quemados los cabellos, la multitud llorosa le vió bajar por la trémula escala estrechando convulsivamente aquel cuerpo de mujer entre sus brazos abrasados.

GONZALO DE CASTRO.





EN LA COSTA

I

Con estridente y lúgubre sonido
soplaba el huracán en su bocina,
y una vela latina
luchaba con el mar embravecido,
sin que doblar pudiera
el cabo que guarnece la ensenada
de chozas y nopales coronada
por antigua colonia marinera.

Aunque miró cernerse la amenaza
de próxima tormenta
en esa bruma lívida, sangrienta,
que el viento despedaza,
para ganar el mísero mendrugo
de los desheredados de la suerte,
temiendo más el hambre de sus hijos
que el riesgo de la muerte,
lanzóse el pescador, desconocido
héroe de rostro y corazón curtido
en los combates de la mar cruentos,
lanzóse mar adentro... y ya no sabe
si entre los desatados elementos

perecerá con su pequeña nave,
ó volverá á secar junto á la llama
su ropa llena de humedad salobre,
mientras le brinde la mujer que ama
la cena sabrosísima del pobre.

Ora desaparece
su lancha, entre las olas sumergida,
ora, en la cresta blanca suspendida
de una montaña líquida, parece.

En tanto, una mujer, su dulce esposa,
al seno maternal llevando estrecho
un niño que la leche ponzoñosa
del ansia y el dolor bebe en su pecho,
clavada en la ribera,
donde la hirviente espuma se deshace,
pálida de terror el desenlace
de aquella lucha de titán espera.

Y al pie de la palmera
que hunde en la costa brava sus raíces,
otros de sus hijuelos infelices
en una turba de chiquillos juegan,
como ellos harapientos y descalzos;
ajenos á la vela blanquecina
que lucha con el mar embravecido
y al lúgubre sonido
del huracán que sopla en su bocina.
Á cada fuerte ráfaga que humilla
la palmera, de fruto ya maduro,
y dobla la barquilla
sobre el abismo de la mar obscuro,
saltaba el corazón despedazado
por trémulo sollozo
de la infeliz esposa,
y saltaba de gozo
la turba de rapaces bulliciosa,
viendo de la palmera sacudida
caer el dulce fruto,
que se lanzaba á recoger del suelo

aquel voraz enjambre,
 con gritos y aleteos de gaviota
 que agita y alborota
 el poderoso estímulo del hambre.

II

¡Oh gran naturaleza,
 bella, terrible, augusta!
 Ante tus inmutables atributos
 inclinemos, humildes, la cabeza.
 Nutrida con despojos de la muerte,
 rinde la tierra sus vitales frutos;
 indiferente el vencedor, se encumbra
 en la ajena derrota;
 indiferente el mar, la tierra azota;
 indiferente el sol, la mar alumbra,
 y tierra, mar y cielo
 ven impasibles el humano duelo.

Mas Dios opuso á todas
 las fuerzas inmutables de natura
 la fuerza del espíritu, creciente;
 opuso en el humano
 espíritu, el impulso generoso
 de la fraternidad al egoísmo,
 y dijo su precepto soberano:
 al prójimo amarás como á ti mismo.

La inteligencia sin reposo agrande
 su imperio dilatado,
 y sus conquistas el amor demande,
 para vencer, con ella de consuno,
 los elementos fieros,
 ceñido de armadura luminosa,
 como los caballeros

de la antigua milicia religiosa.
En vez del hierro con que al hombre mata,
el hierro esgrima en el amor templado;
y la común adversidad combata
el hombre con el hombre congregado.

JUAN ALCOVER.





FARSAS

Nuestros antepasados llamaban *farsas* á las representaciones teatrales improvisadas por cómicos ambulantes. De ahí el sobrenombre de *farsantes* con que se les distinguía, en razón á que inventaban los argumentos de las églogas y entremeses pastoriles que ponían en acción, entretejiendo con más ó menos habilidad, según el talento de cada uno y las exigencias de la afición de cada público, unas cuantas escenas.

Hoy la palabra *farsante*, sancionada por el uso y admitida por la autoridad del Diccionario de la Academia, se aplica, como es sabido, para significar á la persona que tiene la mala cualidad de la mentira ó la no menos mala de exagerar aparatosamente las cosas.

El origen de las farsas, como el origen de la novela, se pierde en la oscuridad de los primeros tiempos, y hay que remontarse á fecha muy remota para encontrar en España los primeros testimonios que dan fe de su existencia. Probablemente las primeras señales de su aparición sean aquellos trovadores que andaban en la Edad Media de castillo en castillo entonando romances, cuyo fundamento era alguno de los hechos notables de armas tan comunes entonces, pues los escritores más antiguos que hacen mención de estos farsantes, afirman que generalmente dos, ó cuando más tres, formaban

la comparsa que interpretaba las sencillas obras representadas.

Miguel de Cervantes es quizá entre aquellos escritores el primero que da noticias algún tanto detalladas de las *farsas*; pero no alcanzan más allá de la época en que vivió Lope de Rueda, y por tanto, cuando su fin, como género independiente de la comedia y del drama, estaba muy próximo. De ellas indudablemente tuvo origen el teatro, tomando la palabra en el sentido literario que tiene, y en su historia conviene señalar dos fases ó períodos con carácter particular y sello distintivo cada uno de ellos. Desde sus primeros orígenes hasta Lope de Rueda, que vivió á fines del siglo XV, comprende el primero, y el segundo alcanza desde esta fecha hasta el florecimiento de Luis López, discípulo de aquel actor, en cuyo tiempo comienzan á representarse ya los escritos de los ingenios más grandes del siglo XVI.

Hasta la época del apogeo de Lope de Rueda, varón insigne por sus méritos singulares, las *farsas* estuvieron *en mantillas*, según la gráfica frase de Cervantes, que de ellas habla en el prólogo que de ocho comedias y ocho entremeses suyos se imprimieron en Madrid en casa de la viuda de Alonso Martín, año de 1615, en cuarto, con la seguridad y fijeza de juicio que da el exacto conocimiento de un asunto. Los que las representaban, gente por lo común de condición humilde y de escasas luces intelectuales, poniéndose de antemano de acuerdo respecto al argumento que iban á desenvolver, salían á un tablado desnudo de decoraciones á entretener á los oyentes con las palabras que la imaginación ponía en aquel momento en sus labios.

En ocasiones sucedió que el asunto ideado complacía á los oyentes, y entonces, repetido una y cien veces con las indispensables variantes en cuanto al diálogo, de poca importancia por lo general, llegaba á fijarse de tal modo en la memoria de los actores, que acababan por recitarlo con la misma exactitud con que ejecutan los gestos y ademanes los que en la actualidad representan pantomimas en los circos. No pocas *farsas* de esta clase, que pasan como originales de Lope, reconocen el origen expuesto, limitándose la labor del poeta á acomodar sus diálogos á la metrificacón ó á introducir con la

rima algunas variantes en su prosa. Así es que lo que al actor citado le da el nombre de que justamente goza en la historia literaria no es tanto el haber compuesto algunos entremeses y églogas, dando claros indicios de poseer un talento nada común, siquiera por haber sabido mover sus figuras con gran lucimiento dentro del reducido marco de coloquios entre dos ó tres zagalas y pastores, como el haber sabido acomodar las antiguas farsas, con exquisito arte, á los gustos y exigencias de su época, y representarlas con empeño y discreción dignos de grandes alabanzas.

El autor del *Quijote*, que de muchacho vió trabajar á aquel gran sevillano, de oficio batihoja, *que quiere decir de los que hacen panes de oro*, asegura que nadie le llevaba la ventaja ni en componer esta especie de obras ni tampoco en representarlas. Él, con efecto, para dar mayor realce á los espectáculos, introdujo modificaciones de mucha importancia. Comenzó por arreglar el tablado y apropiar la escena al lugar en donde la acción se suponía realizada; vistió los personajes, caracterizó, *con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse*, los entremeses de negra, rufián, bobo y vizcaíno, de cuyos cuatro papeles hizo verdaderas creaciones. De este modo encauzó la corriente de la afición á esta suerte de espectáculos, desterrando para siempre de la escena las chocarrerías y vulgaridades de actores de poco entendimiento; atrajo hacia sí las miradas de las personas cultas, ennobleció la profesión de actor y levantó grandemente un arte antes propio de gente de condición ruin y baja, y excitó el estímulo de los poetas para que se afanasen en escribir obras que tendrían con él un intérprete de verdadero talento.

El impulso y dirección que imprimió á las farsas el *excelente y famoso* Lope de Rueda, fué confirmado, una vez muerto y enterrado aquél *entre los dos coros de la Iglesia mayor de Córdoba*, por su discípulo el toledano Luis López, *famoso en hacer la figura de un rufián cobarde*. Á este actor, á quien Cervantes llama *loco*, ignoramos con qué fundamento, que siguió el noble empeño de levantar y mejorar cada vez más el teatro, se le debe el haber aumentado el vestuario de los farsantes, pues mudó el costal de vestidos *en cofres y baúles*, costal don-

de antes se guardaba todo el atrezo de una compañía, consistente en *cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadameci dorado, y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados poco más ó menos*, y lo arregló según lo reclamaban ya las necesidades de su época. Multiplicó también el aparato interno del escenario, colocando delante de él la música, que antes tocaba detrás de la manta que hacía oficio de decoración de fondo, *donde cantaba algún romance antiguo sin guitarra*; suprimió las barbas postizas con que trabajaban todos los actores, dejándolos á *cureña rasa*, exceptuando los que desempeñaban los papeles de anciano; introdujo diferentes personajes más, á fin de que el argumento de las obras pudiese ser de alguna complicación y enredo, y, por último, inventó *tramoyas, nubes, relámpagos, truenos, batallas y desafíos*.

Desde entonces la primitiva farsa desaparece de la historia, sustituida por escritos regulares, sujetos á las reglas y preceptos del arte, quedando únicamente sus intérpretes. De ellos, los que mayores disposiciones mostraban para el teatro, pasaron á representar las obras de aquellos autores aplicados en escribir comedias y dramas, cuyos nombres conserva la crítica. Sujetos á enseñanza, educados en el arte, sometidos á contratos y regularizada su vida con el ejercicio de una profesión de rendimientos prácticos, comienzan á organizarse aquellas compañías que representaron *Los Tratos de Argel* y *La Batalla Naval*, de Miguel de Cervantes, que *corrieron su carrera sin silbos, gritas ni buraúndas*, con la cual se redujeron á tres las cinco jornadas que solían componer las comedias, sacando por vez primera á las tablas figuras morales y *las imaginaciones y pensamientos escondidos del alma*, y luego después las del gran Lope de Vega, que al alzarse con la monarquía cómica, *avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes*, con la fecundidad de aquel talento que le permitió escribir gran número de composiciones teatrales, todas ellas propias, felices y bien razonadas, según el desapasionado juicio de su contemporáneo el prosista sin rival en el mundo.

Con los trabajos de estos dos autores alternaron la representación de los escritos del fecundo Doctor Ramón, del artificioso Miguel Sánchez, del grave Mira de Mescua, del discre-

to canónico Tárrega, del dulce Guillén de Castro, del agudo Aguilar, del pomposo Luis Vélez de Guevara, del ingenioso Antonio de Galarza y del amoroso Gaspar de Avila, con algún otro de que hace mención el autor del *Quijote* en el lugar ya mencionado. Contribuyeron todos ellos con sus esfuerzos, á que nuestro teatro llegase á ser el primero del mundo, y á que, andando el tiempo, fuese la admiración de propios y extraños por el gran número de producciones admirables, en su género modelos acabados, que legaron á las generaciones siguientes.

Apartados de este provechoso y fecundo camino, por escasez de facultades ó amor á lo antiguo, los antiguos farsantes, aquellos á quienes todavía era dable aplicar este nombre, siguieron su antiguo derrotero, representando las farsas más famosas y populares, y apareciendo en los pueblos más miserables de cuando en cuando y con intervalos de tiempo que la necesidad ó la afición hacían ser más ó menos grandes. Poco tiempo pudieron ya continuar en su empresa, pues por todas partes se habían ido extendiendo las obras de muchos de los escritores citados, representadas en las capitales de provincia por compañías de verdaderos cómicos, despertando de este modo la afición a tales espectáculos y haciendo que la mayoría de las gentes diese al olvido las inocentes farsas de antaño. Hé aquí por qué experimentan aquellas primitivas comparsas transformación forzosa, y por qué los farsantes, dejándose llevar de la corriente que les arrastraba, se dan á representar de pueblo en pueblo y de aldea en aldea las comedias y los dramas más aplaudidos en los grandes centros de población y cultura, introduciendo en ellos variantes y modificaciones obligatorias, dadas las condiciones de su vestuario y de su tablado y dados también en ocasiones el gusto manifestado por su público.

Herederas legítimas de las comparsas aquellas, son las existentes en los tiempos actuales. Fórmanlas unos cuantos desdichados á quienes la necesidad une y la miseria liga, que arrastran una existencia llena de tormentos y ganan duramente un pedazo de pan, á cambio de unas cuantas monedas más bien arrojadas por lástima de su miserable estado que por pago á su trabajo.

Escasa cultura y poca ilustración poseen, por lo general, los elementos que las componen, aunque casi siempre manifiesta inclinación por el cultivo de su arte. Muchos de ellos tuvieron oficio con que atendían con relativa holgura á las necesidades de su mujer y de sus hijos; otros formaron parte de un cuadro de provincias, desempeñando esos papeles que se llaman *mudos*, ó esos otros cuya importancia parece nula; no pocos huyeron de sus casas, abandonando voluntariamente un hogar tranquilo por lanzarse á la vida aventurera de cómico de la legua, y la mayor parte, por holganza mal entendida, abrazaron tal profesión, en la que sólo cosechan desengaños y amarguras. Durante el verano, los que salieron con bien de las crudezas del invierno, bajo la dirección del que conservó á costa de penosos sacrificios el ajuar indispensable, vagan por los pueblos más pobres de España, aquí tropezando y allá cayendo, hasta la llegada de los fríos, que los obliga de nuevo á separarse para marchar cada uno adonde le arrastre su destino.

Quien los haya visto caminando tras de desvencijada tartana—pues sus ingresos no les permiten viajar por la línea férrea—arrastrada por flacucho caballejo, en la que llevan los artefactos necesarios para el trabajo, y las mujeres que les acompañan, podrá formarse idea, por la demacración de sus rostros y la delgadez de sus cuerpos, de la triste vida á que se someten con resignación admirable. Semejando al Judío errante, carecen, en este tiempo de su peregrinación, de hogar y patria, y allí donde quiera que llegan, levantan su campamento, buscan lugar á propósito para armar su tablado, compuesto, como los de sus primitivos ascendientes, de *cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantan del suelo cuatro palmos*, lo arreglan con cuatro bastidores y un descolorido lienzo, que hace de decoración de fondo, y lo ocultan á la mirada de los curiosos con un telón que suele ser una colcha vieja ó la manta tirada con dos cordeles de una parte á otra, de que habla el ingenioso Cervantes.

Ellos mismos pintan los anuncios y despachan los billetes; llaman á las gentes tocando la música por las calles del pueblo; sirven de acomodadores y de revisores, y preparados con

trajes de malla, llenos de zurcidos y remiendos, espadones oxidados por el tiempo y botas de elástico, representan las obras de su repertorio. Curioso es, y esto prueba sus aficiones, que sienten escasa inclinación por todas esas obras que llaman de costumbres, y en cambio tienen gran predilección por los dramas trágicos. El repertorio de la primera época de Echegaray, la obra más aplaudida del duque de Rivas, los dramas como *Hija y madre*, del insigne Tamayo, y los transportados de la vecina república, cual *La carcajada*, *La aldea de San Lorenzo* y *El soldado de San Marcial*, son obras que nunca faltan en sus carteles. Y no es que tengan alientos para emular la gloria que adquirieron ó han adquirido representándolos, Valero, Rafael y Ricardo Calvo, Vico, Donato Jiménez, ú otro actor cualquiera de nota: es que, al mismo tiempo que practican el consejo de Lope de Vega de dar al vulgo lo que le agrada, pues lo paga para eso, satisfacen sus propios instintos y dan gusto á sus inclinaciones. Por esto hacen del *Don Juan Tenorio*, del inspirado Zorrilla, la obra predilecta, á la que acuden en los momentos en que el peligro de la compañía, por falta de entradas, amenaza ser inminente. Con ella hay siempre seguro el lleno, porque es la que más agrada al público que han dado en llamar *la galería*; pero un *Don Juan Tenorio* que no conocería su mismo autor, representado sin decoraciones, sin vestir con propiedad los personajes, suprimidas muchas escenas y ligadas unas con otras de manera que inspira lástima.

Los nuevos farsantes siguen, en este punto, la tradición de sus mayores y, como ellos, alteran, cambian, varían, suprimen, añaden, enmiendan y modifican el diálogo de las obras que ponen en acción, con tanta facilidad de que sólo viendo las acotaciones que llenan los libretos puede formarse idea exacta. Claro es que se ven obligados á ello por acomodarlos á la única decoración de sala que suelen llevar en sus *records*; mas á veces estas mutaciones son debidas á la necesidad de que aquel actor hable poco, de que aquel otro *desarrolle* todas sus facultades, ó á otra cualquier contingencia semejante, en cuyos cambios dan á veces muestra de ingenio. Con razón, pues, uno de ellos nos aseguraba que hacen bien en no

pagar derechos de representación por los dramas que *ejecutan*, pues la mitad de la obra es arreglo original de los actores.

Por bien empleados darían todos sus afanes estos modestos actores, entre los cuales no dejan de descollar algunos que bien dirigidos resultarían muy aceptables para teatros de primero y segundo orden, si la unión y la amistad fuera entre ellos cosa conocida. Las rivalidades de oficio, muchas veces los celos y todas las demás pasiones que desata la codicia ó despierta la envidia, aumentan sus sufrimientos, particularmente los de las pobres mujeres que les acompañan, víctimas inocentes obligadas á soportar un yugo realmente irresistible. Á la hora del reparto de los ingresos, sobre todo; después de una función en que cualquiera de ellos ha cosechado más aplausos que ninguno otro; en el mismo reparto de los papeles y al abonar los pequeños gastos que la compañía ocasiona, se acentúan las disputas de estas gentes *mal avenidas y peor acondicionadas*, como escribió Cervantes. La necesidad hace acallar momentáneamente sus rencores y de nuevo levantan el campo, dirigiéndose á otro pueblo, alimentados siempre por la esperanza y desesperanzados al mismo tiempo por una realidad espantosa.

Como puede haberse notado, no merecen estas compañías de cómicos el antiguo nombre de *farsantes*, ni las obras que representan pueden calificarse con el de *farsas*, pues son herederas de aquellas otras ambulantes que en los albores de nuestro *teatro escrito*, se dieron á ganarse la vida de pueblo en pueblo poniendo en escena los dramas y comedias de los primeros autores. Aquel epíteto lo merecen solamente otras comparsas inferiores á éstas en mérito, formadas de elementos de dudosa procedencia, que abundan, por fortuna, muy poco. Al mismo tiempo que de cómicos hacen de gimnastas, saltimbanquis y payasos, trabajando al aire libre, en medio de una plaza pública, sin decoraciones ni vestuario de ninguna especie y sin exigir más recompensa que la que buenamente quiere el público arrojarles al pasar delante del corro *el guante*. Diálogos de corte truhanesco, sembrados de bufonadas y chistes de color subido, entre dos personas, suelen ser los que representan, ó cuando más alguna de esas comedias, sacadas

de su propia cabeza, calificadas por Cervantes, por boca del cura Pero Pérez, con gran razón, de espejos de disparates, ejemplos de necedades é imágenes de lascivia.

La existencia de estas gentes es más tranquila que la de los actores presentados, porque sus necesidades son menores; pero, en cambio, para desventaja suya, suelen vivir en un estado semejante al de los seres inferiores y arrastrarse á veces por sitios adonde no conviene llegar á la dignidad humana.

CÉSAR MORENO GARCÍA.





BERENICE

- I. La caridad.
- II. Berenice.—Sentencia de Jesús.—Camino del Calvario.—Cae Cristo con la cruz acuestas.—La mirada del Salvador.—Berenice acude en su auxilio.—Simón el Cyrineo.—El lienzo milagroso.—La Fe.—Diálogo entre Berenice y una de sus esclavas.

I

Corta la mar con la tajante prora
Gallarda nave de pomposa vela,
Y del inmenso piélago señora,
Por sus llanuras dilatadas vuela;
Á las ondas y al Noto desafía
Y al mortífero rayo resonante;
De oro la sed hidrópica la guía,
Y esquiva, desdeñosa y arrogante,
Para saciar su anhelo y osadía
El orbe le parece espacio breve,
Y nuevas playas á pedir se atreve.

Mas de improviso, prolongado trueno
En el espacio cóncavo retumba,
Abre la mar el insondable seno
Y da á la nave inesperada tumba;

Lleva Aquilón la nave desgarrada,
 Ciegan del rayo los fulgores rojos,
 Y ¡oh soberbia humillada!
 Sólo flotan los míseros despojos
 De la nave anegada.

Con trémula piedad el marinero
 Y medroso fervor ruega á MARÍA;
 No escucha del amigo el lastimero
 Suspiro no acabado de agonía;
 Arroja el oro, su tirano fiero;
 Sólo quiere vivir, ase un madero,
 Y al roto leño su existencia fía.

Contadas son las horas de bonanzá
 En la mar de la vida procelosa;
 Roba la luz al sol de la esperanza,
 Nube del desengaño tenebrosa;
 Y venturoso el náufrago que alcanza,
 Con los crispados miembros abrazado
 Á la frágil madera,
 Ser por olas benéficas llevado
 Á hospitalaria y próxima ribera.

Dobla el trabajo nuestro erguido cuello,
 El alma gime en su prisión esclava;
 Mas guarda el corazón vivo destello
 Del astro que al Edén iluminaba.
 En las tinieblas de la noche odiosa
 De desengaños, luchas y dolores,
 Cual de faro eminente luz piadosa,
 Vibrando resplandores,
 Y calmando las penas,
 La CARIDAD asoma bondadosa,
 La blanca sien ornada de azucenas:
 La virtud, que consuela y que sublima,
 Que al prócer honra y al mendigo anima,
 Que halla su propio bien en el ajeno;
 Virtud que viste con sus ricas galas
 De cuantos sufren el desnudo seno:
 Ángel que huella de la tierra el cieno,

Sin que se manchen sus nevadas alas;
Rosa siempre fragante,
Bella como las flores que da Mayo,
Pura como del alba luz brillante,
Y más fecunda que del sol el rayo;
Virtud que en las borrascas de la vida
Es isla de reposo bendecida,
Y que la ley universal proclama,
Diciéndole al mortal: *espera y ama*.

Mirad á esa mujer á quien no aterra
El ronco estruendo de la cruda *guerra*.

¿Á dó va? Del soldado
Valiente y denodado

No á partir el laurel, sí los azares;
Marcha sin cota de acerada malla,
Por calmar del herido los pesares,
Al polvoroso campo de batalla.

Ángel de luenga y enlutada veste,
Con funeral ciprés la sien ceñida,
En silencio mortal y gota á gota
Vierte sobre la tierra estremecida
El cáliz de la cólera celeste,
Y enardecido y sofocante brota
Denso vapor de asoladora *peste*,
Todo es desolación, todo tristura,
Los ojos sólo ven muertes y horrores,
El corazón palpita de pavora,
Rinde el orgullo la cerviz enhiesta,
Desbandados se ocultan los amores,
Y el dañino vapor al orbe infesta.

Y en medio del estrago de la muerte
De tantos inocentes y culpados
Que en fétido montón junta la suerte,
Y al lado del que salva el ancho abismo
De la plaga voraz con mil cuidados
(Y es el primer cuidado el egoísmo),
Débil mujer con animoso pecho,
La caridad llevando por corona,

Ni un instante abandona
 Del moribundo el pavoroso lecho.
 Tiende á todos solícita la mano,
 Afronta el mal sin tímida flaqueza,
 Que es el milagro del valor cristiano
 Quien le presta vigor y fortaleza.

Si Dios de sus hechuras se olvidara,
 Tan sublime mujer le ablandaría
 Y su paterno amor reconquistara;
 Mas ¿qué mucho su arrojo y energía,
 Si la cristiana caridad la ampara,
 Si la divina caridad la guía?

Cobija ¡oh caridad! toda la tierra
 Con las doradas orlas de tu manto,
 Y ante tu solio incontrastable y santo
 Mudas se postrarán la impía guerra,
 La ambición insaciable,
 La insidiosa perfidia,
 La calumnia rastrera y miserable,
 La descarnada envidia.
 Divina caridad, tú puedes sólo
 Hacer los votos del infierno vanos,
 Y que del polo Norte al otro polo
 Haya un pueblo no más, pueblo de hermanos.
 Tú puedes en la *Diestra Justiciera*
 Apagar el voraz rayo encendido,
 Forzar las puertas del Edén perdido
 Y dar al hombre su mansión primera.

II

Vive en Jerusalén apuesta dama
 De bello rostro, de virtud severa,
 De noble estirpe, de intachable fama.
 Á quien el Asia con amor venera;
 Derrama sus riquezas generosa
 Para aliviar de la pobreza el llanto,

Y es Berenice el nombre de la hermosa (1),
De Palestina encanto.

Á la espléndida altura en que vivía,
Sólo como rumor indiferente,
Que todos oyen y que á nadie inquieta,
La fama de Jesús llegado había.

—Quién le llama impostor y quién profeta,
Quién sabio y quién demente,
Quién como á soberano le respeta,
Quién le corona de punzante espina;
Es para el torpe escriba un delincuente,
Que reclama Satán desde el profundo;
Para el que oyó su celestial doctrina,
El prometido Redentor del mundo.

Ayer Jerusalén, ebria de gozo,
Como á rey de Israel le recibía,

(1) Y es Berenice el nombre de la hermosa,
De Palestina encanto.

La Verónica es una figura meramente tradicional, de la que no hablan los libros sagrados, y cuya existencia ha sido negada por varios críticos.

El nombre de Verónica está compuesto de una palabra griega y otra latina, que significan *verdadera imagen*, aludiendo al rostro de Cristo impreso en el lienzo que lleva en sus manos, que es como constantemente la han presentado escultores y pintores.

Su verdadero nombre es el de Berenice.

Hojeda, en su *Cristiada*, refiere en las dos siguientes octavas la piedad de esta mujer:

«Y tú también entonces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria;
¡Oh pía osadamente! ¡oh tú felice,
Que en tanta pena, lumbres de su gloria
Hurtaste al afligido Dios, oculto
En una estampa del humano bulto!

»Esta mujer en medio de la calle
Salió á mirar á Cristo lastimado,
Y viendo un hombre de tan lindo talle
Con tan graves tormentos fatigado,
El rostro con piedad llegó á limpiarle,
Y en lienzo tan fiel quedó estampado,
Que hoy muestra Roma en él su origen vivo
Y el pecho de la dueña compasivo.»

El Papa Bonifacio VIII hizo llevar de la iglesia del Espíritu Santo á la de San Pedro un lienzo llamado *verónica*, sobre el que está trazada la imagen del Salvador del mundo.

Y á su paso, con gritos de alborozo,
Su manto por alfombra le tendía.
Pero ¡ay! que poco dura
Ese amor de los pueblos ostentoso,
Fruto que no madura.
Seméjase al arroyo bullicioso
Que el verde prado en primavera esmalta,
Las flores riega, por las piedras salta,
Y copia en sus cristales la hermosura
Del alto pino, del castaño umbroso
Y el desmayado sauce;
Pero se seca en el ardiente estío,
Y no se ven en el invierno frío
Ni leves huellas del borrado cauce.

La muchedumbre instable
Que á Jesús como jefe proclamaba,
Porque rey invencible le juzgaba,
Hoy con voz imperiosa y formidable,
No creyéndole ya caudillo fuerte,
Pide á Pilatos le condene á muerte.
Acceder á tan bárbaro deseo
El procónsul rehusa,
Viendo sin mancha al pretendido reo,
Y criminal al pueblo que le acusa;
Ni leve sombra de delito oculto
Hallar Pilatos en su vida puede;
Pero amenaza popular tumulto,
Ruega en vez de mandar, vacila y cede.
Juzga al lavar sus manos temblorosas
Los gritos acallar de la conciencia;
Débil ante las turbas sediciosas,
Firma de Cristo la mortal sentencia.
Aun sin romper el poderoso yugo
En que gime entre penas y trabajos,
Es la plebe un tirano con andrajos
Y feroces instintos de verdugo:
Siempre de sangre humana está sedienta;
Valor, saber, virtud... todo la ofusca;

Y cual rayo que aborta la tormenta,
Para arrasarlás las alturas busca.

Berenice no sigue
La nueva ley del justo *Nazareno*,
Mas de Cristo el recuerdo la persigue;
Vívida caridad arde en su seno,
Y se pregunta si será inocente
Aquel desconocido delincuente;
Y sin saber por qué, suspiros lanza,
Que muchas veces lo que el alma siente
La inteligencia á descifrar no alcanza.
Y sumida en letal melancolía,
Que la agobia con grave pesadumbre,
Mira alborear el malhadado día
En que, desamparada la inocencia,
Del peñascoso Gólgota en la cumbre
Debe cumplirse la fatal sentencia
Que á Pilatos pidió la muchedumbre.

Berenice, con ánimo abatido,
Ya que consuelo no, busca el olvido;
Y queriendo enfrenar el sentimiento
Que la sumerge en pertinaz tristeza,
Oye la voz de femenil flaqueza;
Y se orna y engalana
Con túnica de seda siciliana
Teñida por el múrice sangriento,
Y con su manto leve,
Blanco, cual de montaña nunca hollada
Deslumbradora nieve;
Y á sus esclavas llama apresurada
Para que esmalten su cabello de oro
Con su rico tesoro
De costosa y pulida pedrería,
Que la reina de Libia envidiaría,
Donde lucen diamantes sin rivales,
Preciosas esmeraldas de Etiopía
Y albas perlas en ramas de corales.

En vano Berenice

Desvanecer sus penas imagina;
 Plañidera bocina
 Con sepulcrales notas hiere al viento,
 Y el vibrante metal triste le dice
 Que ya al suplicio va, que se avecina
 De Jesu Cristo el postrimer momento.

Calenturiento frío

Por su cuerpo serpea,
 Al oír el alegre griterío
 Con que celebra populacho impío
 La muerte de la gloria de Judea.

Con insegura planta y lento paso
 Marcha Jesús bajo la cruz sangrienta;
 Es el dorado sol que va al ocaso,
 El cedro que desgaja la tormenta;
 Es el mártir sublime
 Que á la culpable humanidad redime.

Vedle... se acerca ya... ¡Cuánto padece!...
 Le afrentan con la cruz y la corona.
 El verdugo á la víctima escarnece;
 La víctima al verdugo compadece,
 Y el escarnio y la muerte le perdona.

Es su cansancio tanto
 Al palacio al llegar de Berenice,
 Que mide el suelo con su cuerpo santo
 Y la impaciente plebe le maldice.
 ¡Ah! contemplad al Salvador del mundo
 Con la implacable muerte en fiera lucha;
 Para lanzar un ¡ay! sus labios mueve,
 Un ¡ay! desgarrador, largo, profundo;
 Berenice lo escucha,
 Á sus entrañas llega y las conmueve.

Se arrastra á la ventana; allí de hinojos
 Ve á Jesús á su puerta derribado,
 Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
 Y en ella fijos los inmóviles ojos,
 Ojos llorosos que piedad inspiran,
 Ojos sin ira que el perdón predicen,

Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen.

De Berenice el corazón se oprime,
Desconsolada gime,
Maldice á los sicarios inhumanos,
Su espíritu en tinieblas se sepulta
Y en las ebúrneas manos
El bello rostro temblorosa oculta.

Privada de la acción sólo un momento,
Muévela á poco generoso intento;
Ir en apoyo de Jesús decide,
Y ni sus fuerzas mide,
Ni en los peligros de su intento piensa,
Ni sueña con posible recompensa.
De su palacio por las tersas gradas
Baja veloz con desusado brío,
Sus esclavas la siguen azoradas.

El bullidor gentío
Traspasa con gallardo continente,
Y llega hasta la víctima inocente.
Alas tener quisiera
Para arrancarle de la odiosa turba
Y remontarle á inaccesible esfera;
Y por calmar al menos un instante
La acerba angustia que á Jesús conturba,
Le enjuga con el manto su semblante.

Esta muda protesta al pueblo enoja;
Torvo sayón con mano encallecida
Á Berenice entre la turba arroja.—

Queriendo prolongar el sufrimiento
De la víctima augusta escarnecida,
Y que la opaca luz casi extinguida
De su débil vivir recobre aliento,
Un hijo vigoroso de *Cyrene*
Á Cristo presta mercenaria ayuda;
Simón el peso de la cruz sostiene
En su espalda forzada.
Jesús levanta la abatida frente,

Y el áspero camino del suplicio
Prosigue lenta y trabajosamente.—
¡Sufra el SEÑOR la inmerecida pena!
¡Cúmplase el sacrificio
Que la Divina Caridad ordena!

Compacta muchedumbre numerosa
Airada el paso cierra
Á la noble matrona generosa.
Un lánguido desmayo
De sus esclavas á los pies la atierra,
Cual si la hiriese fragoroso rayo.

Al volver á la vida
Mira su blanco manto ensangrentado
Y en él con líneas de carmín grabado
El rostro de Jesús ve sorprendida.
Destácase de Cristo la cabeza,
Dechado de hermosura
Sin sombra de rencor ni de tristeza,
Ornada de esplendor y de ternura;
Sin torvo ceño ni mirada aviesa,
Parece que á la triste Berenice
La bienandanza celestial predice,
Y amor, sagrado amor, tan sólo expresa;
Parece que ha olvidado sus agravios,
Que ha vencido el rigor de las desgracias,
Que va á mover los dibujados labios
Para decirle «adiós» y darle gracias.

El lienzo besa convulsiva y muda,
Y en plácido fervor trueca su duelo;
Ya vacilar no puede, ya no duda;
Jesucristo en su Dios, el Dios del cielo.
¡Oh inefable momento!
En raudales de luz baña su mente;
Las brumas rasga de la *duda* ciega,
En el santuario de su pecho siente
El misterioso y vago movimiento
De un alma que se va y otra que llega.
Deja de ser el ave solitaria,

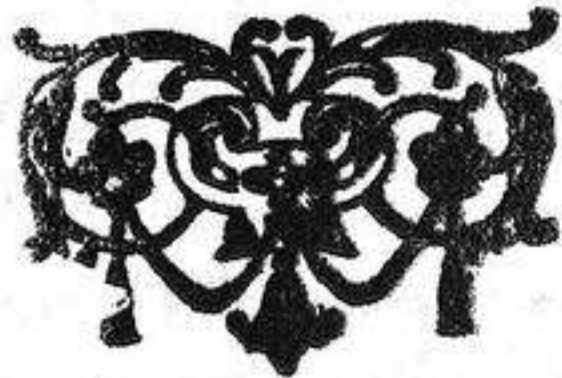
Que con flecha afilada el pecho herido,
Sin fuerzas vuela tras lejano nido;
El bajel que con ansia temeraria
En un mar sin orillas va perdido.
Es de su corazón cada latido
De enardecida fe muda plegaria.

No sueña, no delira,
No es mentida ilusión que se evapora:
El lienzo toca y el portentoso mira;
Ve de la fe la sonrosada aurora,
Y el aura pura del Edén respira;
Se desprende en sereno y libre vuelo
Del barro vil de la mansión terrena,
Y se enlaza con mágica cadena
Al infinito Ser, cielo del cielo.

Sin apartar un punto Berenice
Los fascinados ojos
Del blanco cuadro con perfiles rojos
Que en éxtasis la arroba dulcemente,
Cual si viera á Jesús sumisa dice:
—«No soy digna, Señor, de este presente.»
Le responde una esclava
Que de Cristo la imagen
Atónita miraba:
—«Nadie cual tú merece
»Ser la dichosa dueña
»De ese fúnebre don, de amor enseña,
»Que te abisma, te halaga y entristece.
»Ese regalo del Eterno Padre
»Para tu bien recibe,
»¿Quién más digna que tú?»
—«¿Quién? ¿Pues no vive
»De Jesucristo la apenada madre?»
«—Su madre, ¡pobre madre! Condenado
»El hijo de su amor á injusta muerte,
»Este suelo de horror habrá dejado
»Por no correr del Salvador la suerte.»
—«Calla, desventurada, y obedece,

- » El temerario pensamiento enfrena;
- » No rebaja el dolor, sino enaltece:
- » Nunca es cobarde corazón que pena.
- » No insultes al pesar hondo y prolijo...
- » Corre á llevarle el funeral sudario.
- » ¿Aun vacilas, mujer?... Vé tras el Hijo...
- » A sus piés la hallarás... en el Calvario.»

LARMIG.





ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

JOSÉ IXART

(Conclusión.)

Y es que Ixart tenía, al lado de las grandes condiciones que al comenzar hemos enumerado, inalterables y personalísimas, algunos defectos *llamados á desaparecer*.

Crítico de hilera, no transigía con lo que por la suya—de procedencia francesa—no pasara más ó menos premiosamente. La creación es virtud concedida á pocos hombres, dice Buffón al estudiarlos, y el crítico, cuya misión no es crear, sino juzgar lo que otros crean, ha de ser parquísimo en trazar límites y en precisar formas, como no sea con el compás de la estética y de la moral, sin pretender en manera alguna recortar las alas del genio aún no nacido.

Junto á ese defecto de amplitud, que concentró Boileau en su conocidísimo verso, destácase más incisivo el de su antiespañolismo, mejor diremos anticastellanismo.

Nuestro siglo de oro le parece de oropel; abomina del discreteo (al cual llama *amores de cabeza*); no ve en el honor la esencia de una época, á la vez que fecundísimo padre dramático, y se sonríe ante el lirismo, estimando que la

castiza literatura ha empequeñecido *La Dolores* de Feliu; es, como antes hemos dicho, un científico realista, que no acepta, sin embargo, la fecunda ley de herencia ni la fuerza dominante del ambiente.

¡El ambiente! «Yo no desisto de visitar la corte tras *veintidós* años de ausencia», dice en la carta que dirigió á Pérez Galdós á propósito de su obra *Los condenados*, no resultando de sus datos biográficos que hubiera estado en Madrid más que cuando la ineludible quinta de Castelar, á los veintiún años de su vida (1873). Destinado al cuerpo de Infantería de Marina, «sólo una vez—contaba él—tuve que vestir el uniforme, el célebre 3 de Enero; pero dado mi carácter, llegué tarde á la formación».

Enlazado con el anticastellanismo, ó formando cuerpo con él, podemos aducir su regionalismo, que si no era *envabiado* (como traducía el otro), le hace decir en *El arte escénico*, página 355: «Hay un divorcio siempre notado entre lo positivamente moderno y el criterio de la capital directora. Si este desacuerdo es causa de malestar intolerable en cuestiones de orden moral y político, en el teatro desalienta muchas veces al más optimista...» y escribir artículos como el titulado «Un nuevo Tribunal Supremo», quejándose de que Madrid desaprobara una obra de dos autores andaluces (1), que había sido favorablemente juzgada en Barcelona (2).

De fijo que una temporadita en Madrid hubiérale quitado cierto dejo acre que en sus juicios se nota, dándole luz acerca de las resistencias de nuestro regocijado y poco *pensante* público á aceptar las arideces de Pisemski, en cuyos dramas no entra el amor, ni el realismo tierno de Dostoiewski, ni el individualismo salvaje de Ibsen, ni el sutilismo de Sidney Grundy, ni los escuetos errores sociales que alimentan el teatro vecino. Quizá quizá hubiérase hecho *regionalista nacional*, comprendiendo que no existirá un arte cosmopolita, mientras subsista la variedad de costumbres y siéntase

(1) *A espaldas de la ley.*

(2) *Vanguardia*, 1.º Diciembre 1889.

poderoso el influjo tradicional y patriótico, y que el teatro es y será siempre una institución *retardada*.

Aunque conocido por la gente de valer, Ixart influyó poco ó nada en la literatura castellana; no así en la catalana, donde se ha impuesto haciéndola pasar rápidamente de *arqueóloga* á modernista: en las obras dramáticas y líricas de Guimerá, en las de Oller—no en las de *Pitarra*, contra quien nada pudo—nótase su influencia, y, si en los Juegos florales de este año ha obtenido el premio de honor una poesía titulada «La tísica (1)», que hubiera ido al cesto algunos años atrás en que estaban en candelero, «Lo Rey en Jaume» y «Los tres sospirs del arpa», á su crítica lo atribuimos.

En su estilo tendía más al cosmopolitismo de Sarcey ó de Lemaitre que á las pulcritudes de los buenos autores castellanos, su temple propio y el hábito de escribir en catalán le comunicaban un carácter acerado y enérgico especial; tanto que su prosa recuerda el verso de Catanyes, salvo el humanismo de éste: uno y otro yacen no lejos del *Garraf riscoso*.

Los de mis lectores que hayan encontrado en las alamedas del Retiro, casi inmóvil en un coche de mano, á un niño de rubio y rizado cabello, ojos claros grandiabiertos y venoso cutis, á quien cariñosamente conduce su anciano abuelo, pueden ilusionarse de que han conocido á Ixart.

Le vi y abracé por vez última en el Ateneo Barcelonés; completamente afónico, de lo cual sentía grandísima pena, pues había sido un recitador admirable; hablamos largamente de crítica, animándome cariñoso á proseguir mis «Acontecimientos literarios», con tal de que no abandonase la poesía, que muy benévolamente había juzgado en un artículo de la *Renaxensa* (2), cuando escribía de ordinario en catalán.

«No es posible hacer que una vaca engorde y que dé leche al mismo tiempo», dijo Goëthe, y en modo más científico ha repetido Darwin el axioma: mi mesa repleta de trabajos literarios de Ixart, reunidos para este breve artículo, me lo

(1) De Claudio Planas.

(2) 23 Abril 1883.

trae á la memoria al comparar la vitalidad y robustez que contienen y lo decrepito de su organismo en la época á que me refiero.

«Hoy sí que dormiré y bien solo» fueron casi sus últimas palabras á su angustiado padre, á cuyo dolor España entera se asocia, pues ha perdido á uno de sus preclaros hijos.

UN POETA MODERNISTA»

(Juan Maragall)

No conocia de Maragall más composición poética que la que obtuvo premio en los Juegos florales del pasado año, con el título de *La Sardana*. Aparte de una poemática imagen al hablar del centro de la circunferencia que los bailarines forman, descubriese en sus vulgaridades el afán del lauro y el de considerar como exclusiva de Cataluña la danza hoy en boga que *mutatis mutandis* se halla en varias regiones de la gran cordillera pirenaica y cántabro-galaica; más dramática y de más popular tinte encuentro la que, ilustrada por el malogrado artista Tomás Padró, así comienza:

Lluny de la vila
prop de la platja

.....

desconocida quizá de los *mantenedores*, muy dados, por otra parte, á premiar como peculiares en Cataluña tradiciones cosmopolitas, como *La Ventafochs* y *Mambrá* (1), de italiano origen la primera, al parecer é inglesa la segunda, debida á la popularidad del General Malborough.

Su tomo de *Poesías*, impreso en la casa editorial de Massó y Casas, en su para mí enrevesada, ortografía, bien distinta de la que podemos llamar del siglo de oro de la literatura catalana, me ha sorprendido verdadera y agradablemente. ¡Salud al nuevo y originalísimo poeta! Bien se debía á Cataluña esta compensación, en año de tantas pérdidas y *capitis diminutiones* literarias.

(1) Veanse los tomos de los *Jochs florals de Barcelona*.

No se dirá de él que imita á Espronceda, á Campoamor ó á Núñez de Arce, ni á Febrer ó á Pere Serafí, ni á los griegos ó latinos, aunque claramente se trasluzca que los conoce y admira: su obra es *fruta del tiempo*, cultivada y recogida en huerto propio.

De modernista le hemos calificado, con lo cual nada ó poco hemos dicho si no se define ó explica el vocablo.

Á regaña dientes, ó sea por 15 votos contra 11, después de continuada discusión, acaba de admitirlo la Academia para su Diccionario en prensa; pero sin que á mi juicio satisfaga la definición ó transacción propuesta por Menéndez y Pelayo, á fin de no hacer interminable la levantada contienda.

Para mí no es el modernismo el odio ó aversión á lo antiguo, sino *el derecho* á lo moderno; producto espontáneo y lógico de un ambiente, lo perpetúa y declara á los siglos venideros, siendo sello material é inmaterial de una época.

Modernistas son en arquitectura las construcciones de hierro, en música las obras de Wagner, Morelli y Muncaksi en pintura; casi tocando con nosotros, modernistas han sido Zorrilla y Larrañaga, y en alto grado lo fué en su tiempo Lope de Vega, según frase suya *neciamente* interpretada.

Cuando no hay bastantes elementos y energías para la producción de un arte modernista (mejor quizá coetáneo), nótase regresión á lo antiguo, ya por similitud de ambiente, ya por el dominio imperante de lo clásico.

Con asombro he escuchado á Castelar oponerse á la adopción de la voz modernismo, fundándose en la relación íntima que hay entre la admisión de la palabra y la de la idea, y en que *no deben aceptarse palabras que consagren delirios*; ¡él, que ha sido, no digamos modernista, *futurista* en política y en sociología; Mesías hipotético, que ha tenido que recoger velas ante ciclones promovidos por su mágica y arrebatadora palabra, replegarse en la concha conservadora ante una manifestación de un estado ineludible de cosas!

En el derecho busca el modernismo el jurisconsulto belga Edmundo Picard, hallándolo en el corazón de las multitudes aburridas de la jerga curialesca y de las fórmulas estereoti-

padas. Ya Savigny, aunque se le supone jefe de la escuela histórica, lo prevé en el seno palpitante de las masas; la realidad protestando de la historia.

No entremos en el modernismo científico, el cúmulo de argumentos en pro llegaría á embarazarnos; basta citar el nombre de Pasteur, cuya siempre temprana muerte leo en los principales periódicos de hoy.

Que la época denominada sarcásticamente *fin de siglo* tiene caracteres propios es indudable; lo son, entre otros: invasión de procedimientos científicos en la literatura (en la novela sobre todo), vago regreso á la religiosidad, decadencia de los caracteres, libertad de análisis y de manifestación. ¡Cómo no han de reflejarse tales elementos en las obras artísticas, creando una producción correspondiente!

Lejos de mí su ensalzamiento, cuando reniego de muchos de sus gérmenes; pero sin desdeñar la imitación de lo que fué, me complace abandonar tal cual vez las amplias y rectas vías, para intrincarme en nuevas y tortuosas sendas que atajan, donde se perciben aromas desconocidos y se ven formas que quizá sean reputadas clásicas un día, ó por evolución conduzcan, en definitiva, á otras que lo sean: que tal es el histórico procedimiento.

Por ello he leído con placentera curiosidad las poesías de Maragall, á pesar de sus *herejías* rítmicas y rítmicas y de los tajos y mandobles que da á la consuetudinaria *preceptiva*: los nombres de Becker y de Bartrina acuden á la mente al recorrer las páginas; pero es más novador, más atrevido, más *modernista* que ambos á la vez, con conservar más que ellos el enlace con lo antiguo, y aun con lo antiquísimo ó primordial.

Tres partes comprende la obra: *Claror*, *Pirinenques* y *Triptich del any*.

Claror tiene deijos y reminiscencias de la forma y del despreocupado sensualismo bíblico; es el canto del amor exuberante como la naturaleza que, lejos de conducir al suicidio ó al rapto como en la índole romántica, lleva solemnemente á la unión conyugal, celebrando hasta la maternidad,

en su concepto natural y hasta patológico, sin que desme-
rezca la alteza poética.

La flor de la abraçada ja ha granat;
y ets com el cep que du la dolça carga;
tota tú t'hes extés y reposat
com ple de *pampols et serment s'allarga*.

¡Qué grandiosidad y qué *naturaleza* en las imágenes!

En *Donant les joyes*, que la antecede, hay el fuego erótico y germinal de las de D'Annunzio, ese joven astro italiano, pero con majestad mayor, como si la sanción cristiana interviniera amparando la fiebre del instinto.

No resisto al placer de transcribirla íntegra:

DONANT LES JOYES

De joyes vull cobrir tu cabellera
el teu coll y el teu pit, braços y mans
en memoria de totes las caricies
que vagi fent-te i t'hagi fet abans
com á pluja els joyells demunt tos membres
també com pluja els bescs meus d'amor
dessota cada bes vuli que s'encengui
com un astre una nova resplandor.
Un joyell cada bes que resplandeixi
nit serena lo noble del teu cos
pro després el gran jorn després el die
la esposa seus joyells, tota á l'espós.

La última de esta serie es la más modernista, según la significación que hemos intentado dar á la discutida palabra: refiérese al atentado anarquista del Liceo en la noche del 7 de Noviembre de 1893, y en ella se dice:

que cal aná á les festes
am pit ben esforçat com á la guerra
.....
la crueltat qu'avança; la por que se enretira
se va partint el mon

hay el *terror* y la *piedad* que Aristóteles recomienda y que se bajaron aquella noche del escenario á la platea, y en su

polimorfismo es también moderna, como si rechazara, ante desconcierto tal, la cadencia de la meliflua *Flor del Zarguen*, para citar un conocido ejemplo de contrapuesta poesía.

En *Pirenenques* el poeta se encara con la naturaleza; la personifica y con ella establece relaciones *sui generis*; no son los Pirineos histórico-legendarios de Víctor Balaguer, ni precisamente los de Verdaguer (Canigó), aunque algo los recuerdan; Maragall es más turista, más pedestre, más íntimo: fijando la atención, descúbrese en dichas composiciones un arte cultivado y pretendido olvidar en pro del modernismo.

Brumosas y esfumadas, sugieren la visión de las nieblas pirenaicas, y hasta en su ritmo parecen concordar con las enhiestas cordilleras, que vistas de lejos siguen leyes, y de cerca, ó en detalle, se ramifican desconcertadamente.

Este es el secreto y el mérito de los decadentistas franceses, hacer sugestiva la forma; aunarla con la idea, diversificándola con ella á cada paso; utilizar los sonos

de la musique encore et toujours,

como encarga Verlaine, jefe de la secta, y buscar el estado de expresión,

où l'indécis au précis se joint,

condiciones todas que ya poseyeron los románticos, en los que la oscuridad de la frase coadyuvaba á la creación en el lector.

Otra analogía con la citada escuela ofrece Maragall en esa mezcla de fervor religioso y sensualidad tan notoria en Verlaine y hasta en Zacarías Werner, el precursor alemán del autor de *Sagesse*.

Aunque es en general duro y trabajoso, corren fluidamente los siguientes versos que en comprobación de lo dicho me permito aducir:

Verge de la vall de Nuria,
voltada de soledats
que, inmovil en la foscuria
y en vostres vestits daurats,

ohiu la eterna canturia
 del vent y las tempestats,
 Verge de lo vall de Nuria,
 á Vos venen las ciutats.

El catalán se presta á todo, es cierto, pero, como el inglés, sabiendo elegir las voces.

Lo mejor del grupo es la égloga elegiaca titulada *La vaca cega*,

orfe de llum sota del sol que crema

y en él hay impresiones fielmente trasladadas y poéticamente desleídas, como la siguiente:

Plau-me, el bastó del caminant al puny,
 abraçá 'ls horisons d' una mirada,
 fer-me entrâ á dins l' inmensitat del cel
 y 'l gran adormiment de las montanyas;
 sentí 'l riu invisible per las valls
 y 'l llunyedá ressó de la tronada;
 á caball de la serra, veure inmoble
 altra serra de núvols molt mes alta
 cotonosa y inflamada pel Ponent.

.....
 Després, quan sense 'l sol, la llum es bella,
 descolorí's la terra an els meus peus,
 del cel descolorí's tota la amplada...
 Las primeras tristesas de la nit
 sentí entrar-me en els ossos llavors plau-me,
 y al baixar de l' altura tot cor-prés,
 creuar-me ab las tenebras que s' hi alsan.»

En *Triptich del any* se ve de cuerpo entero al artista pictórico. *Cuaresma*, *Corpus* y *Nadal* son los tres cuadros, ricos en color, fieles, con reminiscencias de cantos populares.

¿Bon Jesuset de las pances y figues

.....
 que l'hi darem an el noy de la Mare?

pero, á pesar de su carácter medio-eval, en la disposición y factura salen modernistas—y decadentistas por tanto—en grado sumo, bien puede verse en punto á forma en la estrofa con que terminan sin acudir no obstante al artificio del sim-

bolista ideal Baudelaire ni al lujo de sorpresas y rarezas del incomprensible Mallarmé y de otros secuaces de Verlaine.

Cuatro palabras acerca del fenómeno de que haya sido la literatura catalana la que haya ofrecido ese avance—entiéndase en el tiempo, no en el mérito.—Nos lo explicamos, además del mayor roce, por causa geográfica, con las aludidas literaturas, por la falta ó escasez de modelos clásicos imponiéndose con derecho propio; por las razones mencionadas en el artículo dedicado al crítico Ixart, y por la indeterminación de la lengua catalana, prestándose á los sonos ficticios, á las vaguedades tan características del género, de ella ha abusado un poco Maragall, sincopando á su arbitrio (1) y llamando *inenmudible* á lo inmutable si con *visible* había de concordar, como ha hecho en la, por otra parte, preciosa poesía *L'oda infinita*, que recuerda, sin ser su copia, el *Excelsior* de Longfellow.

La ortografía adoptada le ha servido también de cómodo trampolín.

MELCHOR DE PALAU.

(1) *Pro por pero*, lo cual sólo dice el pueblo iliterato.





LAMBERTITO (1)

Al llegarse al confesonario del padre, su director, parecióle ver cruzar una persona conocida que se levantaba de orar ante el altar en que se venera la Concepción de Juanes, la inapreciable joya del arte, ejecutada con la unción y sentimiento del *tota pulchra es María*. Fijó la vista en aquella mujer y conoció que era Dolores, á pesar de lo oculto que llevaba el rostro con el velo. Nada pensó, y sí esperó para ver adónde se encaminaba aquella pecadora, y no pasaron muchos segundos hasta que la vió ante la rejilla de uno de los tribunales de la penitencia.

—¿Dios, sin duda, la llama á su tribunal, ó es una de tantas maneras de engañar á la sociedad de que se valen personas cuya conciencia quieren acallar con exterioridades de piedad? Cuidado, Alfonso; no te metas á juzgar conciencias ajenas cuando vas á acusarte de la tuya.

Larga y dolorosa como operación quirúrgica fué la confesión, cual lo era arrancar de un pasado aquel tumor que la ahogaba fibra por fibra hasta extirparle completamente.

(1) Véase la pág. 641.—Por error material, se dejó de publicar en el número anterior el final del cap. XXXII y principio del XXXIII de esta interesante novela. Para subsanar la equivocación, repetimos parte de lo publicado (último párrafo de la pág. 655), con objeto de enlazar debidamente los referidos capítulos.

Cuando se levantó del confesonario, Dolores llevaba los ojos arrasados en lágrimas y temblorosos sus labios. Con paso incierto, pero reposado, se dirigió al comulgatorio, y entrando en la oscura capilla, cayó de rodillas en el más oculto rincón, y sus lágrimas, libre y sin testigos, corrieron abundante y silenciosamente de sus escaldados ojos.

El mismo padre que había recibido la confesión de aquella desgraciada mujer llegó para dar el pan eucarístico á los fieles, y Dolores, trémula y llorosa, acercóse á la santa mesa, recibiendo del sacerdote la sagrada forma con «el cuerpo del Señor guarde tu alma para la vida eterna». Aquellas palabras en latín, que la pecadora no entendía, pero que le llegaron al alma, cayeron, junto con la consagrada forma, como un rocío de dicha y felicidad en su pecho, cual nunca desde niña había experimentado. Comparaba entonces su primera comunión, su vestidito blanco con flores, el dulce ambiente de una mañana de Mayo en que la naturaleza sonreía con las explosiones de vida, de perfumes, de aire tibio y canto de pájaros, con la presente comunión, sola, abandonada del mundo que la señalaba con el dedo; recordaba entonces su pureza é inocencia de la niñez y un presente descreído, sin fe, sin pudor, el más hermoso encanto de la mujer; su casamiento, su viudez, su primera caída á la que siguieron otras, consecuencia del camino de la falta, su vida aventurera, y llegaba al presente, en que á través de un oscuro velo veía y consideraba aquella vida pecadora que se alejaba, huía, caía en un pasado insondable arrojada por la luz vivísima y ardiente del arrepentimiento y del perdón de las culpas, por un Dios siempre grande y misericordioso que la había recibido, acogido en su seno, oveja perdida que volvía al redil de la fe, deslumbrada por su inmensa caridad y abrasada en el fuego de la purificación con el sagrado cuerpo del Señor.

Volvió nuevamente al ángulo de la capilla y quedó sola: el silencio que reinaba en el templo la reconcentraba más en su espíritu, y con la vista fija en el Cristo de la capilla, débilmente alumbrado por las lámparas, le parecía que la llamaba, que aquellos brazos extendidos en el leño se abrían

para acogerla en su seno, y que aquella boca que perdonó á sus verdugos la perdonaba, como lo había hecho rehabilitándola en el Jordán de la penitencia y con el tesoro de su sagrado cuerpo. Allí quedó ensimismada, en aquella hermosa tranquilidad á que había venido su corazón y como temerosa de salir del templo, de aquel puerto de salvación al que había llegado en momentos de angustia y en que encontró refugio y consuelo en su penoso estado.

XXXIII

EN DEMANDA DE PERDÓN

Lamberto, cual de costumbre, había vuelto á la casa de sus tíos apenas despachó sus asuntos, en los que ponía una actividad pasmosa por aquellos días. Por la mañana habían tenido su conferencia de costumbre, tratando de ultimar detalles para conseguir todas las ventajas apetecibles después del triunfo sobre sus tíos. Su madre había hecho ya algunas visitas desde la muerte de Luisa y continuaba representando su papel de trastornada, pero sin afectación y apareciendo más como en una especie de estado de incoherencia en algunos momentos dados, y en especial cuando hablaba con Carolina, quien verdaderamente no adelantaba en su estado de abatimiento y aquellas crisis nerviosas que se reproducían periódicamente. La presencia de su cuñada la ponía algunos días violenta y excitada, lo cual era una interna satisfacción para la otra, que con ello veía una manera indirecta de ir acabando con aquel ser herido en lo más profundo de su alma. Su táctica de ir derribando al enemigo al detall producía buenos resultados, y aquel plan no le abandonaban ni la madre ni el hijo: tras Luisa su madre, y entonces, aislado y sin nadie que le apoyara, D. Rafael caería por propio impulso en manos de su sobrino, que le iba aprisionando en redes de un fingido interés y afecto.

Tomando una sopa estaba el buen tío, y Lamberto leyén-

dole el periódico, cuando la muchacha avisó que una señora enlutada deseaba hablarle reservadamente.

—¿Quién será esa buena señora? ¿No te ha dicho su nombre?

—No, señor; sólo que desea tener una conferencia con el señor.

—Díle que salgo al momento.

Lamberto quedó algo intranquilo. ¿No pudiera ser Matilde que hubiera averiguado su parentesco con su madre y viniera á decir algo acerca de la conducta de aquélla y su participación en el asunto de la viudedad y sus relaciones con el prestamista?

Como criminal, andaba receloso, y á pesar de sus precauciones, siempre temía que de su conducta hubiera quedado un cabo por el cual pudiese el ovillo de su conducta desenredarse.

—¿Le acompaño á usted, tío?

—No, no; quédate por si la tía llamara: yo pronto despacho con esa señora.

No quedó muy tranquilo Lambertito con aquella escena, y así que su tío salió, esperó ocasión de poder escurrir el bulto y aproximarse al despacho, con el objeto de enterarse de quién era y de qué hablaban la señora aquella y su tío. Dejó pasar unos diez minutos, que le parecieron un siglo; por fin la muchacha salió del comedor, y levantándose para salir estaba cuando se presentó Rosario, en cuya sien se notaba aún la mancha oscura de la cicatrizada herida.

—Cuida de mi tía—le dijo—que me ha llamado el tío al despacho, en el que tiene una visita.

—Sí, la he visto entrar en el portal; Dolores, la *Morena*, y por cierto que parecía haber llorado—replicó Rosario con la mayor indiferencia.

Lamberto nada dijo, quedó como clavado en el suelo y un escalofrío de miedo le corrió por el cuerpo. ¿Qué venía á hacer allí aquella mujer, que había ocurrido?

Temió tan sólo que algún disgusto le afectara y buscaba auxilio en la caridad de D. Rafael. ¿No habían quedado citados para la mañana anterior y no le había recibido por

estar durmiendo? ¿No llevaba en el bolsillo la consabida escritura para presentársela y decir que la tenía entre sus garras como prestamista? Temió que algo grave ocurriera y silenciosamente se aproximó á la puerta del despacho, en el que no oyó más que la voz de D. Rafael y algunos sollozos de mujer.

—Por el demonio, mi amigo, que algo grave le ocurre á ese pendón de mujer, cuando aquí ha venido á llorar y darle tal vez un timo á mi tío.

Acercó su oído á la cerradura y escuchó, clavándose las uñas en la palma de la mano.

—Sí, infame, infame, Sr. D. Rafael, lo he...

Un carruaje que pasaba le impidió oír la conclusión.

—¡Así reventarais cochero, caballos y amos, estrellándoos los sesos contra una esquina!—dijo apretando los dientes de rabia después de aquella maldición.

No podía oír nada, y tentado estuvo de empujar la puerta y presentarse, pero se detuvo; entonces era declararse, y ¿qué le importaba á él lo que hablaban? Volvió nuevamente á aplicar el oído y oyó entonces:

—Sí, señor, ha sido mi amante y por eso, cómplice, le he ayudado á deshonorarles...

Blanco quedó al oír aquellas palabras; lanzó un rugido de rabia y de ira, se abalanzó á la puerta con ánimo de abrirla, coger aquella mujer y estrangularla entre sus convulsas manos. Le estaba descubriendo, desenmascarándole.

—¡Ah, infame! ¡No te gozarás en tu obra: no tardarás en ir á hacer compañía á mi prima! Yo me tengo la culpa: te debí quitar de en medio.

Quedóse mudo pretendiendo oír y de pronto se sonrió de una manera terrible, con una risa tan fría como su corazón.

—Calma, Lamberto, calma: eres un solemne animal. ¿Qué puede decir esa mujer que pueda probártelo? Calma, chico, calma, que ahora puedes tú ganar mucho, desde el momento en que te presentes y la revuelques, le pongas la escritura ante las narices y la hundas si se pasa á mayores. ¡Infeliz! ¿quieres desacreditarme? Pues no te arriendo la ga-

nancia. Vámonos, no sea que salga mi tío y me sorprenda en flagrante delito de espionaje.

Y sonriendo y calmado su enojo del primer momento, se dirigió al comedor canturreando y mordiéndose las uñas para disimular el coraje que le dominaba.

Se puso de codos en el mirador, leyendo en el primer libro que halló á mano y que casualmente era el hermoso tratado de *La tribulación* del padre Nieremberg. Hizo como que leía, pero las líneas pasaban ante sus ojos sin comprender su sentido: sus ojos estaban en el libro, pero su pensamiento en la combinación del plan de defensa que había de hacer, caso de que aquella mujer le acusara, pues no las tenía todas consigo desde el día anterior, con la negativa en recibirle, negativa que le había puesto algo receloso por aquello de que su conducta no era correcta en los asuntos de casa de sus tíos.

Con su sangre fría característica aguardó una llamada en la que él esperaba una entrevista ruidosa con su querida, pero los minutos pasaban y no le llamaron. Por fin, apareció su tío algo inmutado y como presa de una idea que le dominaba. Nada dijo, y, sentándose ante la mesa, apoyó los codos en ella y sobre las palmas de sus manos dejó caer la cabeza. Lamberto le miraba con recelo y callaba; mas viendo que aquel silencio y preocupación se prolongaba, se determinó á dirigirle la palabra.

—Esa visita le ha preocupado á usted más de lo conveniente. No está usted para más disgustos, y si hubiera sabido que le había de poner á usted mal, yo hubiera despedido con buenas razones, á esa señora tan poco oportuna.

—No, no ha sido ella la que me ha afectado, sino la perversión de esta sociedad, de la que aun cuando uno se aleje y separa, le busca y se entretiene en martirizarle y destrozar el corazón de quien no vive entre el basurero de su mentira y falsedad. Eso, eso es lo que me preocupa, Lamberto. ¡Parece mentira que tal villanía y perversión de sentimientos impere en esto que llamamos sociedad cristiana!

—¡Ay, tío! Por desgracia, me toca muy de cerca conocer la inmundicia social; percibo con harta frecuencia los mias-

mas que se desprenden de entre las blondas y los fracs, y harto estoy de conocer y desentrañar miserias que avergonzarían aun á los que duermen en los presidios y á los que son renta del Estado en su vergonzosa profesión, y por eso nada me extraña ya ni asusta como hombre, pero sí me horroriza como católico y honrado ciudadano de un país católico.

—Es verdad, hijo mío; pero nunca creía que la maldad y el instinto de la perversión llegara hasta el punto de calumniar á una mujer honrada, de convertir por la calumnia á un hombre honrado en criminal y de asesinar por el espanto á mi pobre hija, víctima inocente de la perversión de unos seres malvados.

Y D. Rafael, plegando las manos, elevaba sus ojos, bañados en lágrimas, al mentar á su hija. Lamberto nada dijo; un escalofrío corrió por su cuerpo; pero en su exterior nada demostró, ni dejó traslucir el interior de su negra alma.

—Levantar un cúmulo de falsías para llegar con ellas hasta el crimen, eso es lo más inicuo y perverso que puede caber en alma humanamente mala. Esa es la más temible de las criminalidades, la vil calumnia que hiere en la sombra para deshonar y asesinar á una inocente que ningún daño hacía y era un ángel para todos.

—¡Vamos, tío, vamos! No se deje usted dominar por el dolor; es necesario sobreponerse al abatimiento y respetar la voluntad de Dios.

—¡De Dios, sí, de Dios! Pero ¿puede Dios consentir que el mal impere y que de él sea víctima la virtud?

—No, señor; pero cuando su autoridad y poder lo permiten, ¿hemos de entrometernos en sus juicios?

—¡Ah, hijo mío! La confesión de esa mujer me ha hecho mucho daño, pero mucho; ha renovado las heridas de mi corazón, y éstas vuelven á manar sangre, sangre que me ahoga, sangre de una inocente.

—Pero... ¿qué le ha dicho á usted esa mujer? Cuente usted, tío, que hay que poner en duda cuanto ella diga, pues esa mujer, según me ha dicho Rosario, que la conoce, no es honrada su conducta: ¿le hemos de creer por su palabra?

—Sí, Lamberto; esa mujer ha sido muy mala, es verdad;

pero la muerte de Luisa, el crimen de Ramón y la sangre de Rosario dice que han caído en su pecho como plomo derretido, martirizándola con un remordimiento cruel, que le ha hecho levantar los ojos al cielo para pedir piedad, y el cielo se le ha concedido con un arrepentimiento sincero de su vida impenitente de pecadora, y confesadas sus culpas, lavada su alma en el tribunal de la penitencia y fortalecida con el cuerpo del Señor, ha venido á arrodillarse á mis plantas y pedirme perdón de todo el mal que nos ha causado.

—¡Bah, bah! Usted no conoce bien á esa mujer, que mucho me ha extrañado dejaran entrar en esta causa; esa mujer es una actriz consumada, y Dios quiera que no lleve alguna idea al venir á implorar su perdón.

—¡No, no lo creo! Esa mujer lloraba sinceramente y se arrastraba dolorosamente á mis pies, demandándome perdón de sus culpas, de haber contribuído con su lengua á poner en duda la reputación de Rosario y seducido á su hermano hasta el punto de llegar adonde llegó. Dolores me ha dicho: «Soy cómplice, soy encubridora de esos crímenes; pero si yo me arrepiento y duele mi alma de esta complicidad, si mi conciencia no queda tranquila si no consigo el perdón de cuantos he ofendido y deshonorado, ¿cual estará la del autor de este complot? ¡Perdóneme usted, señor—me decía,—perdóneme, y con su perdón pueda gozar mi alma de algún reposo, que hace dos días que no encuentro. Sea usted misericordioso para con esta pecadora, ya que Dios lo ha sido y se ha rebajado hasta entrar en mi cuerpo. Perdone usted á esta infeliz mujer, víctima del engaño y perversión de un hombre malo que me había sugestionado para ser tan villana y criminal como él!»

—¿Y usted qué ha hecho?—preguntó Lamberto con voz temblorosa y como asustado por sí le había nombrado.

—¿Qué había de hacer? ¿Soy yo más que Dios, que todo es justicia y bondad, y perdonó á esa desdichada? ¿Había de ser más que aquel Juez supremo? No; con lágrimas en los ojos la he perdonado. No quiero pesos sobre mi conciencia.

—Pero ¿ella diría el nombre del autor de sus crímenes?

—No, ni se lo he preguntado. Ella venía animada por el

confesor á implorar mi perdón; pero ni nombró al autor, ni yo se lo hubiera preguntado, cuando en son de confesión venía en mi demanda. ¡Quien no perdona no espere compasión de quien perdonó hasta á los mismos enemigos que le pusieron en la cruz para morir por nuestros pecados!

Lamberto respiró con fuerza; se había quitado un peso que le oprimía el pecho, no dejándole respirar libremente. Su cómplice no le había descubierto; era, pues, más noble de lo que él estimaba y creía á Dolores. Pero ¿no podía ser aquello una estrategia para envolverle? Lamberto miraba los hechos como á las monedas; es decir, comprobando su buena ley con el toque de la fidelidad y de la constancia en sus detalles. Nada dijo, pero en su interior se avergonzó diciendo: No hubiera obrado yo así acusándome y poniendo en tela de juicio su comportamiento.

—Es decir, que tenemos un cabo para ayudar á la acción de la justicia. ¡Qué mal ha hecho usted en no llamarme! Si hubiera estado presente, mañana no podría negar el hecho de su declaración, y encerrándola en un calabozo, ella cantarí y diría quién había sido el autor.

—Eso, jamás. Noble y confiada ha venido á entregarse en mis manos y pedir un perdón que devolvía la calma á su pecho, y quien obra así, es porque tiene conciencia de su arrepentimiento, y villano sería quien abusando de las voces de la conciencia la delatara. La justicia humana se compra y se vende; el arrepentimiento es la expiación de una falta, el castigo del no obrar bien, y entre la justicia de Dios y la de los hombres, opto por la primera, que es imparcial, recta, justiciera y, por último, misericordiosa. Dios perdona, Dios castiga y procura el arrepentimiento del pecador para que se limpie del pecado: la justicia de los hombres es vengativa y no castiga para lavar la culpa, sino para desesperar al pecador con un estigma que no se borra más que con la vida. La justicia de los hombres no me devolvería á mi hija; pero el perdón al que me causó tanto mal me devuelve tranquilidad á mi alma destrozada y digo: ¡Dios mío, eres justo y misericordioso! ¡Perdono, pues tu moriste por lavar nuestras culpas! Lamberto se callaba y con la vista clavada en el sue-

lo, sin atreverse á levantarla, oía las palabras de su tío, que penetraban en su pecho cual ardientes agujas que le taladraban la carne con escalofríos de miedo, de remordimiento, y que le llenaban de un terror frío y profundo. Aquello de Dios no perdona á quien no perdona y se arrepiente, eran palabras que caían como acusaciones á su criminal conducta y ambición de riquezas á todo trance y por todos los medios asequibles. Nada dijo, y en la imposibilidad de articular palabra, recurrió al efecto dramático; se bajó, hincando la rodilla en tierra, y besó la mano de su tío.

—¿Qué es eso, Lamberto?—dijo el buen señor.

—Nada, tío; es lo único que debo hacer, besar la mano de un justo, de un santo, pues tal ha sido y es la conducta cristiana de un padre atribulado. Dios perdonó á los que le crucificaron y usted perdona á los que con sus calumnias han muerto la dicha de esta casa, le han crucificado á usted y á todos los que bien les queremos.

—No, no soy digno de esa admiración que me profesas; es lo menos que puedo hacer, llevar mi cruz con resignación y con paciencia mi calle de Amargura. ¡Ojalá fuera digno de imitar la doctrina de aquel modelo de amor y caridad que en la cruz murió por redimirnos!

Y D. Rafael, levantándose, comenzó á pasear por el comedor y como afectado profundamente por los pensamientos que la inculpación de Dolores había despertado en su mente.

Pocos momentos después, Rosario, llorosa, afectada y enrojecido su rostro, penetraba en el comedor.

—¿Qué ocurre, Rosario; qué te pasa?

—¡Ah, señor, cuán desgraciada soy, cuán infame para con ustedes y la pobre señorita!

—¿Otro enredo? ¿Qué pasa? ¡Dí, sé explícita, no nos martirices!

—Que yo he sido la causa de todas las desgracias, yo soy que he hecho criminal á mi hermano, la que ha matado á la señorita Luisa.

—¿Tú?—dijeron tío y sobrino.

—Sí, señor, sí; yo he sido; me lo acaba de decir Dolores,

que me ha llamado á mi cuarto y me lo ha dicho todo.

—¡Maldita sea!, y yo más por bruto en fiarme de nadie y buscar auxiliares,—pensó interiormente Lamberto, clavándose las uñas en sus carnes por dentro de los bolsillos del pantalón.—A ésta se lo ha contado todo, y hoy me cae la careta para siempre.

—Pero... ¿qué te ha dicho? Cuéntalo, sácanos de dudas.

—Pues que ella ha sido cómplice de un hombre que le ha inducido á propalar por el Cabañal que yo era la querida del señorito Alfonso, y que él, por su parte, ha hecho llegar esas noticias á oídos de Ramón, que las creyó verdad, y tanto más cuanto que nos vió entrar á los dos en casa de doña Matilde, en donde le dijeron que nos veíamos. Entonces Ramón, ciego, vino á matarme, y lo demás ya lo sabemos, por desgracia.

—Pero ¿quién es ese hombre?

—No lo ha dicho, pues es secreto de confesión.

—¿Y qué se proponían con deshonorarte á ti?

—Impedir el casamiento de la señorita, haciéndole ver que yo, que yo era una infame, una mala mujer, que le robaba su cariño, y D. Alfonso un villano, y que los dos la engañábamos. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Y eso se lo habrá creído la señorita y desde el cielo me maldecirá? Yo no puedo vivir, yo me mato, me voy al infierno de cabeza por mala mujer, por haber sido causa de todos los males que á esta casa han venido y perdido á mi pobre hermano.

—Calma, calma, Rosario; tú no eres responsable de esos males; tú has sido otra víctima, como mi hija, de la perversión de los hombres, de esa sociedad que cree y afirma lo malo y duda y desconfía de lo bueno. Aquí hay un complot horrible contra la felicidad de los cuatro, de los que ibais á ser esposos, y ese complot, desde el momento en que ha caído en el sigilo de la confesión, somos impotentes para querer averiguar nada. Aquí hay otra víctima, y ésa ha sido Dolores; esa antes desgraciada mujer, hoy feliz, pues el arrepentimiento, como en Magdalena, ha purificado su alma y Dios la ha llamado al camino del bien. De esa mujer ¿qué más podemos esperar que su noble y sincera acusación? Y

si Dios la ha perdonado, ¿hemos de querer nosotros ser más rectos y acusarla? No, Rosario, no; calma y caridad cristiana. Tú eres una mujer cristiana, y nada de lo que has dicho harás. Su acusación salva tu honra, que nadie había puesto en duda, y ni mi hija ni nadie te maldecirá. ¿Te ha pedido perdón?

—Sí, señor, y me ha dicho que hará que el señor cura desde el púlpito pida á los del Cabañal le perdonen la calumnia que me había levantado.

—¿Y quieres más? ¿Quieres mayor castigo para la participación que tuvo en el hecho, ni más terrible satisfacción á tu conducta?

—¡Ah! No, señor, no... ¡Pobre mujer!

—¿Ves cómo tu noble corazón la perdona y compadece? ¡Cuán grande es perdonar, hija mía!

—Pero, de todas maneras, tío, hay que averiguar quién ha sido ese traidor que se ha valido de esos malditos medios, aborto del infierno, para causar tantos males, matar, deshonrar á dos personas inocentes para conseguir una venganza, por lo visto, de algún desaire de mi prima y del que se ha vengado de una manera espantosa, terrible y pérfida. Aun cuando el secreto de la confesión lo impida, es preciso buscar por otros caminos á ese asesino.

—De ninguna manera; déjalo en manos de Dios, que Él, si lo cree necesario, descubrirá al autor de tamaños crímenes.

—Y usted, señor, ¿me perdona á mí?

—¡De qué te he de perdonar, infeliz! ¿De lo que has sufrido por causa de la venganza que se había fraguado contra mi hija y que casi te cuesta la vida?

—¡Ah, señor, que nunca estaré tranquila si no me perdonáis!

—Pues bien, vive tranquila, yo te perdono, como deseo que Dios me perdone en mi última hora de todo el mal que pueda haber causado.

Lamberto paseaba como preocupado por el comedor para disimular la agitación interior que le dominaba; su conciencia gritaba, quería huir de su cuerpo, y en aquella lucha,

Lamberto, desasosegado, no se hallaba bien en ninguna parte, temeroso de que aun cuando Dolores no le había nombrado, acción que no esperaba de ella, á quien creía tan mala como él, no obstante, el remordimiento le hacía desconfiado y temeroso de que á cada momento pudiera tirar el diablo de la manta y quedar descubierta su podredumbre. Así permaneció largo rato, sin que hallara tranquilidad ni pudiera sobreponerse á aquel interno temor que le aplastaba. Ahora temía que Dolores hubiese hecho lo mismo con Alfonso, y que éste, como hombre más ducho, pudiera arrancar á la pecadora alguna palabra que le comprometiera, y entonces el resultado de sus trabajos viniera á hacerse público, y perdida quedaba para siempre su fama de hombre intachable en su conducta. Buscó medio de poder salir de la casa por algún espacio de tiempo, para ir á buscar á la pecadora y pedirle cuentas de su conducta, del peligro en que le había puesto si se le escapaba una frase que pudiera atraer sobre él la sospecha. Recordaba que Alfonso había ido á pedirle explicaciones cuando el escándalo que promovió su madre, y que aun cuando habían cohonestado aquel golpe en vago con la locura de aquélla, no obstante, pudiera quedarle al otro en el corazón algún rescoldo del resentimiento que le llevara á sospechar y pedirle explicaciones. En cuanto á Dolores, la duda era mayor: ¿quién había podido verificar un cambio tan radical en su alma y qué la había llevado al arrepentimiento?

JOAQUÍN CASAÑ.

(Continuará.)





DON JOSÉ DE CÁRDENAS

Y EL PRESUPUESTO DE FOMENTO (1)

VIII

DOBLE CARÁCTER DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR Ó UNIVERSITARIA

Merecen atención preferente las reformas estudiadas y propuestas por el Sr. de Cárdenas en lo que atañe á la enseñanza profesional y superior ó universitaria. Vestidas con su traje de naturalidad y sencillez, tienen muchísima más trascendencia y resultan bastante más profundas de lo que á primera vista pudiera creerse, como hijas que son de la meditación de un hombre de claro talento que sabe perfectamente discernir lo práctico y hacedero de lo sofístico y atrevido ó aventurado.

Bien se me alcanza que abundan los hombres de espíritu apegado á todas las tradicionales rutinas, y que no faltarán impugnadores inconscientes que achaquen á osadía más ó menos política cambios, en extremo radicales, que pueden sorprender, en efecto, á los poco acostumbrados á no medi-

(1) Véase la pág. 546 del tomo anterior.

tar mucho acerca de las ventajas palmarlas del *pro* y los inconvenientes del *contra*.

Hay que fijarse en el desarrollo de las teorías y en el plan presentado con extraordinaria lucidez por el Sr. de Cárdenas. Hay verdadera novedad, hay sorpresa, resultando siempre que la novedad y la sorpresa se ajustan precisamente á las exigencias de la vida moderna, á los problemas pendientes y á los nuevos moldes que con tanto afán se buscan y no suelen encontrarse.

Hé aquí sus propias palabras:

«Y para terminar esta primera parte, voy á tratar un punto que, en mi concepto tiene gran interés, cual es el de la enseñanza superior.

• Ya expuse cómo en interés del país está el establecimiento de esas escuelas elementales y superiores, enlazadas con la enseñanza general, por medio de una escuela más perfecta, con una dirección inteligente y con auxilios y subvenciones del Estado, directas ó indirectas, como se estimara más conveniente.

• El otro día el Sr. Groizard habló del alto sentido de la enseñanza de la ciencia por la ciencia en las Universidades. No dió, porque no se proponía esto, no dió á su pensamiento todo el realce y toda la aplicación que puede y debe tener.

» Yo debo decir á la Cámara que hace tiempo tengo sometidas á la consideración del Congreso y del país ideas que no son propias mías; yo creo que participan muchos de ellas; pero, en fin, ideas adquiridas por el estudio de las Universidades y escuelas especiales en Francia y Alemania, principalmente en Inglaterra y los Estados Unidos,

» Yo creo que nuestra Universidad, tal como está hoy, ni responde al título que lleva de Universidad, ni es tampoco buena maestra de profesores y de profesiones. Me explicaré. Nosotros tenemos una Universidad que, según decía el señor Moret hace algún tiempo, es una institución para crear médicos, abogados y farmacéuticos; y yo añado que es una institución para crear, en general hablando, malos médicos, malos abogados y malos farmacéuticos.

»Claro es que esto lo digo en términos generales; yo reconozco que con malos salen también buenos médicos, buenos abogados y buenos farmacéuticos; pero en general no está montada la máquina, no está el establecimiento para producir más que eso: una gran falange de médicos, abogados y farmacéuticos, que no tienen las condiciones necesarias para ir á esas profesiones satisfactoriamente preparados.

»Pero si no es eso la Universidad, ¿será entonces el estudio de los altos problemas, el estudio de la ciencia por la ciencia, un doctorado en donde estén todas las enseñanzas en su más alta expresión? Tampoco. ¿Será entonces la antigua Universidad de Salamanca ó de Huesca? Tampoco; esto habría que ir á buscarlo á Oxford ó Cambridge. Pues entonces ¿qué es nuestra Universidad? Es una mala copia de Francia, sin ser lo que es en Francia; porque, como saben todos los que me escuchan, todas las instituciones, colegios, etc., de Francia constituyen la Universidad con lo que llaman Academias. Excuso decir que nuestra Universidad tampoco comprende las profesiones técnicas, que están atendidas por medio de las escuelas especiales.

»No es tampoco la Universidad de Alemania; aquélla sí que es la ciencia por la ciencia; allí no hay nada de eso de escuelas especiales, absolutamente nada; allí hay un profesorado libre que da las clases que considera más convenientes, las grandes conferencias, los grandes estudios, y todo con una sencillez admirable. Ya lo dije aquí otra vez: esos profesores de la Universidad de Alemania para dar sus programas se reúnen el primer semestre de los ocho que duran los estudios, y con la sencillez del mundo cada uno pone en una hoja de papel lo que va á enseñar, y ya no hay más que hacer sino, á lo más, que un portero lo lleve á la tablilla, y con esta facilidad admirable se da una colección de enseñanzas que son el asombro de propios y extraños.

»Pues bien, señores, ¿no era llegado el tiempo de que llevásemos á escuelas especiales los abogados, médicos y farmacéuticos?

»Esto que hoy se llama Facultad, ¿no era ocasión de reglamentarlo bien, de que se uniera el sentido y el concepto teó-

rico á la práctica, es decir, á la experiencia gráfica? ¿No era natural que no se hiciera de esta función peculiar, especial para un objeto determinado, una función verdaderamente inútil para el alumno y sin resultado de ninguna clase? ¿No es lástima malograr el talento de hombres eminentes, de verdaderos sabios, que pueden dar grandes conferencias, que pueden explicar grandes cosas, pero fuera de la enseñanza universitaria y profesional?

»Éstas son las ideas que no creo que puedan por el pronto plantearse, que necesitan estudio y meditación; pero lo que yo afirmo es que mi voto estará siempre al lado de la enseñanza especial para los abogados, los farmacéuticos y los médicos; para dejar en cambio las Universidades para un doctorado, tal como deben ser los doctorados, para crear profesores, conferencias, con estudios superiores de agronomía, de industria, etc., según la región en que estuviera la Universidad. De modo que yo no quiero suprimir Universidades, no quiero llevar esos conflictos al Gobierno, no; lo que quiero es que la Universidad quede con un carácter de estudios libres, dándoles derecho á abrir matrículas á los profesores más distinguidos, á dar conferencias, y además á tener grandes laboratorios en el más alto grado de perfección, que tengan toda clase de subvenciones del Estado, que puedan fundarse premios; es decir, quiero la Universidad como un gran foco de luz en todo; pero quiero apartar de ese foco de luz, que es verdaderamente grande y que puede trastornar la vista á los alumnos, á los que estudian para abogados, para médicos y para farmacéuticos, que éstos se deben contentar con estudios más modestos y más reglamentados.

»No desarrollo más este principio, porque los que me escuchan, con ser muchos, valen tanto por su saber y su experiencia que, francamente, les molestaría si ampliara más estas observaciones.

»Además, comprenderá el Congreso que, después del tiempo que llevo hablando, me encuentro fatigado; y si el señor Presidente no lo tomara á mal, yo le rogaría que, pues he terminado esta primera parte, me reservara la palabra para mañana; y termino por hoy pidiendo al Congreso perdón

por lo que le he molestado y agradeciéndole la benevolencia con que me ha escuchado. •

El Sr. Presidente de la Cámara suspendió la sesión; pero bastaban los apuntados conceptos para comprender que la reforma de la enseñanza universitaria propuesta por el señor de Cárdenas era trascendentalísima y seguramente entrañaba soluciones eficaces de orden y de disciplina escolar que casi harían imposibles las algaradas y los trastornos tan frecuentes y fáciles ahora. La misma necesidad imponga tal vez, andando el tiempo, la esencia de esas teorías cuyo estudio el ilustre orador propuso con valentía.

De la impresión que el discurso produjo en la Cámara puede juzgarse por las palabras con que empezó á contestarle, á nombre de la Comisión de presupuestos, el ilustradísimo representante del país Sr. Laviña, adversario político del Sr. de Cárdenas.

«Señores diputados—decía el Sr. Laviña,—más singular aún que la posición en que la Comisión de presupuestos se encuentra en los momentos presentes de la política y en los momentos presentes de la discusión del presupuesto mismo; más singular aún, digo, que la posición de la Comisión de presupuestos es la del más modesto de sus individuos que en este momento dirige la palabra al Congreso; y lo es porque al ocupar este banco, momentos hace, abrigaba la esperanza de que el Sr. Cárdenas hubiera estado presente y hubiera continuado el discurso luminosísimo y elocuente como todos los suyos, y aun quizá más que todos los suyos, que pronunció con tanto acierto y conocimiento de causa en la sesión de ayer. Singular también porque la ausencia del Sr. Cárdenas, que pudiera ser suplida por la presencia de amigos suyos personales y políticos, no es bastante para la Comisión ni para el que lleva su voz en este momento, para poder dejarle en libertad suficiente en la discusión misma, y para hacerse cargo de las observaciones del Sr. Cárdenas, puesto que no está él para oír, recoger y después contestar las que pueda oponer en respuesta á las que ayer desenvolvió, como antes he dicho, con tanta elocuencia y con tanta profundidad de conocimientos.

»Se ocupó el Sr. Cárdenas de todos los puntos relacionados con el presupuesto de Fomento, y amplió y desenvolvió sus observaciones partiendo de los puntos de vista que al principio había sentado como proemio, especialmente en cuanto se refiere á la instrucción pública. Y debo hacer un pequeño inciso antes de entrar en materia para felicitarle bajo un solo punto de vista de que no se halle presente el Sr. Cárdenas; y me felicito de ello porque así podré decir, sin que se atribuya en modo alguno á devolución de elogios ni á correspondencia de cortesía, que el Sr. Cárdenas es persona cuyos conocimientos en la administración y en todos sus ramos del Ministerio de Fomento son tan profundos y tan reconocidos, como reconocido, ingenioso y sagaz es su talento, su imaginación y todas sus facultades en general.

»El Sr. Cárdenas desenvolvió ayer sus tesis, como he dicho, con gran profundidad y con grande autoridad; el señor Cárdenas pronunció un discurso elocuentísimo, y al hacer aquí estos elogios en su ausencia y declarar que oí su discurso, más que como quien se prepara á una polémica, como quien se ve invitado á un estudio, no hago más que rendirle un tributo de justicia, que hecho en su ausencia no podrá nadie atribuir á correspondencia á los elogios repetidísimos que dirigió á la Comisión de presupuestos.

»De todo se ocupó el Sr. Cárdenas. En la instrucción pública del maestro, del discípulo, del texto, de la escuela, del material, del procedimiento, del plan y de las asignaturas. En el presupuesto en general, de los servicios, de sus necesidades, de las urgencias de estas necesidades, de la relación de unos y de otras con las cantidades que en el presupuesto van cifradas y consignadas para atender á su desenvolvimiento y desarrollo en el ejercicio venidero de 1895-96; y por no dejar de ocuparse de nada, y ocupándose de todo muy bien, se ocupó el Sr. Cárdenas del Ministerio y hasta del Ministro de Fomento.

»No hubo, por consiguiente, punto que no tratara, y debo reconocer en justicia que no trató de ninguno mal, sino que trato de todos muy bien.

»Este discurso, que pudiéramos llamar, dentro de los ra-

mos que abarca el Ministerio de Fomento, enciclopédico, hacía siempre difícil la contestación por persona de tan escasa autoridad como la que en este momento habla, tan poco acostumbrada á debates y tan poco experta en hacer síntesis generales como las que requiere la misma contestación. Pero fuerza me es hacerla, porque es hoy un deber mío, y para no molestar mucho tiempo á la Cámara, voy á intentarlo de la manera más rápida y mejor que me sea posible.»

Pero basta. Bien se puede, en resumen, consignar que el discurso del Sr. de Cárdenas produjo inusitada impresión en la Cámara; porque allí llevó el distinguido orador perfectamente meditadas las cuestiones más arduas de la instrucción pública y presentó resueltos muchísimos y grandes problemas con el tino del hombre práctico y la alta previsión del talento.

Es bien seguro que ese discurso, cuyos principales párrafos hemos consignado y cuyas luminosas ideas hemos podido también analizar á la ligera, formará parte de los documentos más luminosos que guardan los hombres de Estado, archivan los Ministros, y consultan y estudian cuantos se proponen reformas serias en un departamento tan importante como es el que tiene por fin y objeto alentar y hasta dirigir las más poderosas corrientes de la ilustración nacional.

C. SOLER ARQUÉS.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Cirugía de urgencia, por el DR. PÉREZ ORTIZ, médico militar, premiado por la Real Academia de Medicina.—En 4.º, 352 páginas y 100 grabados.—Madrid, 1895: 5 pesetas.

En la época actual, en que los inventos de las grandes y pequeñas industrias tienden á simplificar el trabajo personal, y por tanto á sustituir al hombre por la máquina, son numerosos y muy graves los traumatismos que se experimentan.

Los servidores del vapor, del agua, del aire y de la electricidad como agentes mecánicos son víctimas frecuentes y muy castigadas de estas fuerzas que el ingenio industrial pone en ejercicio para producir rápida, económicamente y en gran cantidad, ahorrando trabajo individual.

Tales ventajas mecánicas no pueden menos de producir desgracias personales. Á hacer menos sensibles estas desgracias tienden los acertados consejos científicos que el saber y la práctica extraordinaria del autor de la importante obra de que nos ocupamos dan en sencillo estilo y en concisas frases.

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

Y es la *Cirugía de urgencia* trabajo tan útil, producto de una práctica tan sabiamente aprovechada, que no dudamos en aconsejar su adquisición á los mecánicos, dueños de fábricas, talleres, etc., sino hasta á los médicos, y lo hacemos seguros de que en sus páginas hallarán provechosas enseñanzas.

L. V.

..

Dictionnaire de Médecine et de Thérapeutique. Comprend de el resumen de toda la medicina y cirugía, indicaciones terapéuticas para todas las enfermedades, medicina operatoria, partos, oculística, odontotecnia, electrización, materia médica, aguas minerales y un formulario especial para cada enfermedad, por E. BOUCHUT, médico del Hospital de niños enfermos, profesor de la Facultad de Medicina, y ARMANDO DESPRÉS, profesor de la Facultad de Medicina, etc.—Sexta edición muy aumentada, con 1.001 figuras intercaladas en el texto y tres mapas.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En folio, LX-1.568 páginas á dos columnas: 25 francos.

El ilustre Dr. Bouchut, perdido ya para la ciencia, resume en esta obra con singular acierto todos nuestros conocimientos médicos, y da un carácter sumamente práctico al *Diccionario*.

Se propuso y logró resolver el siguiente doble problema:
«Dada una enfermedad, ¿qué remedios hay y en qué forma y dosis se han de emplear?»

«Dado un remedio mineral, vegetal, materia orgánica ó agua mineralizada, ¿para qué sirve? ¿En qué casos se debe usar, bajo qué forma y en qué dosis?»

De la enfermedad á los remedios y de los remedios á la enfermedad. Así puede expresarse en pocas palabras la contestación que el autor ha querido dar á la pregunta que el médico se hace á la cabecera del enfermo.

Á la terapéutica de cada enfermedad precede un resumen de las causas, los síntomas, y sobre todo del diagnóstico bajo la forma de proposiciones, sentencias y á veces de aforismos. Descrita convenientemente la enfermedad, establece el au-

tor las *indicaciones terapéuticas*, después da á conocer el *tratamiento*, variable según los casos y complicaciones. Aquí van incluidos el *régimen*, las *tisanas*, los *medicamentos* y sus *fórmulas*, ó bien las *operaciones que se han de hacer* y los *diferentes métodos operatorios* que cabe emplear.

En muchos casos, después del tratamiento, se añade un *formulario especial* que indica el modo de usar los medicamentos, según las fórmulas de los autores más recomendables.

Respecto á la *materia médica*, se expone el origen de las sustancias, su preparación, dosis, modo de emplearlas y aplicación en todas las enfermedades. Pero ceñirse á una sencilla enumeración, dejando al médico ante el caos de medicamentos que se recomiendan para muchas enfermedades, hubiese quitado al *Diccionario* gran parte de su utilidad; por eso el Dr. Bouchut ha ideado el recurso de valerse de abreviaturas que, sin alargar el texto, sirven para juzgar casi todos los remedios que se emplean en las enfermedades y para clasificarlos con arreglo á su importancia. Lo que es *bueno* y ha conseguido la aprobación de muchísimos médicos se señala con el signo algebraico *más* (+); lo que es *excelente* y *casi específico* de una lesión ó diátesis, como el sulfato de quinina en las fiebres, etc., se indica con dos signos más reunidos (++)). Se señala con el signo *menos* (—) lo que es *malo*. Tocante á los remedios antiguos y olvidados ó poco experimentados, y á los medicamentos exóticos que se usan en las colonias y en los países extranjeros, que no ha empleado el autor, para no juzgar de su acción curativa, los señala con un cuadrado □, con lo que ni aplaude ni censura, y significa: *por comprobar*.

Multitud de figuras intercaladas en el texto facilitan su comprensión. Nada se ha descuidado de cuanto podía contribuir á dar carácter práctico á la obra para que figure en la biblioteca de todos los médicos y de cuantas personas deseen formarse idea de la terapéutica á fines del siglo XIX.

El *Diccionario* que nos ocupa, para cuya sexta edición dejó reunidos su afamado autor los elementos necesarios antes de morir, y en la que colaboró desde un principio el inteligente

Dr. Després, es un libro de extraordinaria utilidad que recomendamos con todo empeño á la clase médica española.

Las condiciones tipográficas del volumen son inmejorables, como estampado en los talleres de Félix Alcan.

••

Œuvres complètes de Maria Deraismes.—Francia y Progreso. Conferencia sobre la nobleza.—París, Félix Alcan' editor, 1895.—En 8.º, LVI-350 páginas: 3,50 francos.

Con sobrado fundamento ocupa María Deraismes uno de los primeros lugares entre todas las mujeres ilustres, y al decir esto no hacemos sino justicia seca. Compartirán tal opinión cuantos habiendo conocido sus trabajos, reflexionen y piensen y lean las obras completas que reúne la hermana de la autora, no sólo en memoria de la mujer insigne, sino para enseñanza de los que estudien el movimiento feminista durante los últimos cincuenta años.

Formarán las obras de seis á siete tomos, de ellos buena parte inédita. Comprenderán: Obras de Filosofía social: *Francia y Progreso, Nuestros principios y costumbres, Lo antiguo ante lo nuevo, Eva en la humanidad, Los derechos del hijo, Para las mujeres ricas, Teresa y su época, etc.*

Obras de polémica política y religiosa: *Carta al clero francés, etc.*

Obras literarias y de crítica: *El teatro por dentro, El teatro de Sardou, El teatro de Dumas hijo, Epidemia naturalista, etc.*

*
* *

Historia e Civilisação.—Napoleão III.—Uma tragedia antiga nos tempos modernos, por ANTONIO DE SERPA PIMENTEL.—Lisboa, 1895.—En 8.º, 160 páginas.

Pequeña por su tamaño esta última producción del ilustre estadista portugués, es de gran importancia por la mucha doctrina que contiene, por las consideraciones atinadas y pensamientos profundos que en ella abundan. Serpa Pimentel es un trabajador incansable, un hombre que estudia de

continuo y prefiere los lauros de la ciencia á los triunfos ruidosos de la política. Podremos no estar conformes, y seguramente no lo estamos, con algunas de las opiniones que emite en el libro que acaba de publicar, pero no por eso es menor nuestra admiración para el pensador esclarecido, que tantos puntos de semejanza ofrece por su alteza de miras y entendimiento privilegiado, excepcional, con nuestro Cánovas del Castillo.

El cuadro que traza el autor de *Napoleón III* y de su tiempo resulta de primer orden. Pero no es posible hablar brevemente de libro que tanta substancia contiene. Dios mediante, volveremos pronto á tratar de él y acaso, para que lo saboreen nuestros lectores, lo traduciremos, en totalidad ó en parte.

*
* *

Prosa ligera. *Colección de artículos, cuentos, relatos y otros excesos escritos á vuela pluma*, por ADALMIRO MONTERO Y PÉREZ.—Alicante, 1895.—En 4.º, 148 páginas.

Hay en nuestras provincias jóvenes de talento, literatos de valer, apenas conocidos por efecto de esta centralización que hace se imponga todo cuanto procede de Madrid. En la corte se prepara la máquina electoral y se obtiene la codiciada acta de diputado; en la corte se crean las reputaciones que luego radian á la periferia, donde se admiten, por lo común, sin discutir las. Pero no echemos toda la culpa ni al régimen administrativo ni á la hegemonía cortesana, no: en las mismas capitales de provincia ocurre que sólo unos cuantos logran la consagración de escritores, siquiera muchas veces no sea posible topar con lo que han escrito.

Así únicamente podemos explicarnos que no goce en Alicante de mayor autoridad literaria Adalmiro Montero, el autor del volumen que motiva esta nota bibliográfica. Montero es un joven que se sabe los clásicos de memoria; su perspicaz entendimiento y su agudo ingenio y fina crítica hácenle comprender al punto el mérito ó demérito de una producción; vive modestamente recogido en su hogar—templo de sus puras afecciones—y no advierte que junto á él,

atareado en la penosa lucha por *la conquista del pan*, pasan otros que no sirven para descalzarle y que se dan ínfulas de escritores insignes; á fuerza de repetírselo, ellos mismos han acabado por creérselo. Cierto que Adalmiro Montero cultiva la literatura por los goces que ésta produce en su espíritu y no por alcanzar el aplauso de las muchedumbres.

No trocara Montero la satisfacción íntima que experimenta al leer alguna de las producciones de nuestro siglo de oro por todos los honores con que tantas gentes se pavonean orgullosas. De esta su constante afición nace el estilo correcto y elegante que avalora todos los artículos coleccionados en *Prosa ligera*, varios por su índole, pero con la unidad que les comunica su autor, á quien solamente hemos de poner un reparo: que en ciertas ocasiones destilan sus escritos dejos de duda: si la fe quebranta las montañas, la fe sirve también para romper el hielo de la indiferencia. Adalmiro Montero acabará por imponerse en el campo de las letras, como Vicente Bañuls, otro alicantino de genio, va imponiéndose en el campo de la escultura. ¿Qué necesita aquél? De un prócer que le tienda la mano y le coloque en situación de que brille en todas sus envidiables dotes. Ya lo encontrará, como Bañuls lo ha encontrado: el Barón de Mayals, más respetable aún que por su elevada alcurnia y clara inteligencia por sus desgracias no merecidas; el Barón de Mayals, que es una de las personalidades más salientes de Alicante, no dejará seguramente que el amigo cariñoso de su malogrado hijo Manolo, aquel ángel de bondad en quien se anunciaba un gran artista, que Bañuls viva sujeto en Alicante por el férreo yugo de la necesidad, y con rasgo de Mecenas le pensionará para que pase uno ó dos años en Roma, donde complete sus estudios el modelador afortunado de la estatua de Maisonnave. Supieran todos los ricos emplear su fortuna como el Barón de Mayals, y muchos menos serían los partidarios del socialismo.

¿Queréis una prueba más de la modestia de Adalmiro Montero? Para saborear esta colección de artículos es necesario acudir al folletín del periódico que los ha publicado, *El Graduador*,... porque Montero no ha hecho tirada aparte.

Étude sur l'espace et le temps, por JORGE LECHALAS, ingeniero jefe de puentes y calzadas.—París, Félix Alcan, editor, 1896.—En 8.º, 204 páginas: 2,50 francos.

Después de discutir las cuestiones á que da origen la geometría general y de estudiar el espacio y el tiempo en la mecánica, consagra el autor un capítulo á los problemas de los mundos semejantes y de la reversibilidad del universo. Aborda luego la crítica de lo infinito y de lo continuo, que le lleva á discutir los argumentos de Zenón de Eleas sobre el movimiento; dicha crítica, juntamente con el estudio del orden filosófico-científico que le precede, sirve para entrar en el examen de la naturaleza del tiempo y del espacio; pero el autor renuncia á formular una hipótesis sobre el primero de esos objetos y concluye desenvolviendo la enunciada por Kant, con respecto al tiempo, en la analítica trascendental.

* * *

Curso de Metafísica, por el Dr. D. MARIANO AMADOR Y ANDREU, catedrático de la Universidad de Salamanca, etc.—Salamanca, 1895.—En 4.º, 660 páginas.

Demuestra el ilustre catedrático en su notable obra, y así lo declara también en el discreto prólogo que la precede, que su criterio es «eminente espiritista, eminentemente cristiano, eminentemente católico»; con él resuelve todas las cuestiones lo mismo de la metafísica general—Ontología—que de la especial — Psicología, Cosmología, Teodicea. Desarrolla la doctrina, para facilitar su estudio, en una serie de lecciones, poniendo al principio de cada una de ellas un sumario que constituye el programa de la asignatura, lo que sirve á los alumnos de preparación durante el curso y para los exámenes del mismo.

Bien puede asegurarse que el Sr. D. Mariano Amador ha escrito una obra utilísima para la enseñanza, por el rigor del método, la claridad en la exposición y lo atinadamente que se libra de incurrir en errores al tratar de materias tan delicadas y trascendentales.

De la contingence des lois de la nature, por EMILIO BOUTROUX, profesor de la Sorbona. Segunda edición.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 8.º, 172 páginas: 2,50 francos.

Esta obra, que se agotó hace tiempo, la presentó su autor á la Sorbona en 1874 como tesis del doctorado. Accediendo á las instancias de su editor, el Sr. Boutroux ha consentido en que se reimprima, cosa que reclamaban sus numerosos discípulos, los profesores y cuantos se dedican á los estudios filosóficos. Los puntos que tan sabiamente trata el autor se relacionan á la vez con la metafísica y las ciencias positivas. Por esto consultarán con provecho la obra los hombres de ciencia y los filósofos.

*
* *

Otras publicaciones.

Historia y Arte.—Véase algunos de los excelentes trabajos que contiene en el número de este mes: *La libertad en el arte*, por D. Eduardo Benot; *Cómo y por qué se conquistaron las islas Filipinas*, por D. Cesáreo Fernández Duro; *La cabeza de Séneca*, por D. José Ramón Mélida; *La Venus de Milo*, por D. Narciso Sentenach; *Ante una calavera*, por D. Enrique Gaspar; *Lugareña*, por D. José Feliu y Codina; etc. Muchas y hermosas láminas avaloran la revista.

Discurso inaugural del curso académico de 1895 á 1896, por el doctor D. Luis Rodríguez Seoane. Santiago, 1895. En 4.º mayor, 103 páginas.—Muy notable en verdad es el trabajo del docto catedrático: después de oportunas consideraciones acerca de la significación de tales actos universitarios, toma como tema la terapéutica desde la antigüedad hasta nuestros días. Maestro peritísimo en esa difícil asignatura, no hay que decir que resulta el discurso cuajado de observaciones originales, expuestas en lenguaje galano y castizo.

El Cronista de Correos inserta en el núm. 13 excelentes artículos acerca de las estafetas fusionadas y las ambulantes.

A.